This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Vet. Span. III 3 299

LA FARSA.

Comedia en cinco actos

ESCRITA EN FRANCÉS POR MR. EUGENIO SCRIBE

con el título de

EL PUFF, Ó MENTIRA Y VERDAD:

TRADUCIDA

por D. Ventura de la Vega.

MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

Junio de 1848.

PERSONAS.

EL CONDE DE MARIGNAN, *literato y publicista.*

CESAR DELAUNAI, *negociante.*

CORINA DELAUNAI, *su hija, escritora.*

ALBERTO D'ANGREMONT, *oficial del ejército de Africa.*

FLORENCIO DE LA ROCHE-BERNARD.

ANTONIA, *su hermana.*

BOUVARD, *librero.*

UNA CONDESA, UNA MARQUESA, CONVIDADOS, UN NOTARIO, CRIADOS, ETC.

La accion pasa en París.

Esta Comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cualfuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
31 JUL 1966
OF OXFORD
LIBRARY

Acto primero.

Sala de lectura en una librería. — A la izquierda un velador grande con tapete verde, cubierto de periódicos y folletos. — A la derecha un mostrador. — Una puerta de cristales á la izquierda, que da á la calle: otra á la derecha que conduce á lo interior de la librería.

ESCENA PRIMERA.

DELAUNAI. ALBERTO. BOUVARD.

(*Delaunai sale por la puerta de la izquierda sostenido por Alberto: Bouvard, al ruido, sale por la de la derecha.*)

Bouvard. Quién está ahí?

Alberto. (*A Delaunai.*) Despacio!... apoyaos bien en mí... descansareis un rato en esta tienda... (*Viendo á Bouvard.*) si este caballero, que parece ser el amo, tiene la bondad de permitirlo.

Bouvard. Con mucho gusto, señores. — Y qué ha sido ello?

Delaunai. Nada en sustancia: mas es el ruido que las nueces. — Un ómnibus que tropezó conmigo ahí al volver esa esquina... y si este escelente jóven no se abalanza á los caballos y los detiene...

Alberto. Y no os habeis hecho daño?

Delaunai. (*Sentándose en una silla, junto al mostrador.*) A vos es á quien debo yo hacer esa pregunta.

Alberto. Yo, ninguno! Soy oficial de caballería.... y ya los caballos me conocen.

Delaunai. (*A Bouvard.*) Quisiera solamente que tuvieseis la bondad de hacerme traer un vaso de agua fresca.

Bouvard. Sí señor, al instante. Y si estos caballeros quieren descansar un rato y serenarse leyendo los periódicos... ahí estan casi todos en esa mesa. (*Se va.*)

ESCENA II.

DELAUNAI. ALBERTO.

Alberto. Periódicos!... gracias. Cuando yo vuelva á creer una palabra de todo lo que dicen!... al menos los de esta capital.

Delaunai. Hola! hará ya mucho tiempo que habitais aqui?

Alberto. No señor: desde anteayer. Yo venia de Argel... necesitaba hallar un cuarto en que alojarme... y hacerme ropa... y equiparme de varias cosas... Con que busco los periódicos... los principales... los mas grandes... y repaso la última plana...

Delaunai. Sí: es la que suele contener mas verdades.

Alberto. Pues digo! qué tal será el resto!—No habia allí un solo anuncio que no me diera chasco.

Delaunai. Toma! Si os fuisteis á fiar de los anuncios!...

Alberto. Y qué ha de hacer un forastero que llega aqui? Pero es que hay mas. En uno de los periódicos me encontré con un párrafo en que se hacian grandes elogios de una obra dramática que se estaba representando en un teatro, se ponderaba el éxito colosal que habia tenido, se hablaba de la inmensa dificultad de lograr un asiento, porque la concurrencia que se agolpaba á las puertas era tal, que todas las noches rompia la empalizada, de modo que se hacia necesaria la intervencion de la guardia municipal... en fin, qué se yo cuántas cosas! Pues señor, me pongo á comer de prisa, y con el bocado en la boca, echo á correr allá... llego. No habia una alma á la puerta. Entro: no habia una alma en el teatro. Y yo lo habia leido en el periódico! allí estaba impreso y firmado!

Delaunai. Y eso os admira! (*Bebiendo el vaso de agua que le trae un criado.*) Muchas gracias. (*Levantándo-*

se.) Me hareis el favor de avisarme cuando pase un ómnibus... un ómnibus que no vaya muy de prisa. (*A Alberto.*) Eso os admira! Pues aqui, amigo mio, es cosa corriente. No hay nadie que ignore, escepto vos, que en esta grande y populosa capital, tan dada al comercio, no se espone al público ni se vende una palabra de verdad: que, lejos de eso, la mentira se confecciona con el mayor descaro, por privilegio y patente de invencion; y que, en fin, no hay en el dia nada que sea verdad, mas que la farsa y el charlatanismo.

Alberto. Os aseguro que para mí, que acabo de llegar de Argel, es esto una sorpresa.

Delaunai. Pues ya ireis viendo como la farsa domina en todo. Vereis como no hay uno que no sea consumado en el arte admirable de sembrar una mentira y hacerla brotar y crecer en provecho propio... es decir, de hacer que la mentira se convierta en una especulacion, al alcance de todo el mundo, y con libre circulacion para las necesidades de la sociedad y de la industria. El sentimentalismo de nuestros poetas, el entusiasmo de nuestros oradores, el patriotismo de nuestros publicistas... farsa! La dama elegante que padece ataques de nervios, porque la regalen un aderezo... farsa! El folletinista que distribuye á diestro y siniestro patentes de genios, porque se la den á él... farsa! Y las funciones á beneficio de los pobres... y las promesas de acciones para caminos de hierro... farsas! Y las caricias que se hacen á los electores... y las ofertas que hacen los diputados antes, y los discursos que hacen despues!... y los ministros que hablan de presentar su dimision... farsas! todo farsas! Esto, sin contar la farsa de la beneficencia, la farsa del desinterés, la farsa del patriotismo, la farsa de la devocion... porque la farsa es mercancía que se usa aquí en todas las profesiones, en todas las gerarquías, en todas las clases... debiendo reconocer sin embargo, seamos justos, que los abogados, los periodistas y los médicos son los que hacen mayor y mas frecuente consumo.

Alberto. Pero siendo cierto lo que me decís, es una cosa indigna!... horrible!...

Delaunai. Qué! no señor. Si no hay ningun peligro!—Como ya todo el mundo lo sabe...

Alberto. Y entonces, á quién se engaña?

Delaunai. A nadie. Es un convenio tácito, un toma y daca de mentiras, franco y desembozado, con que á nadie se chasquea, y de que todo el mundo se sirve.

Alberto. Es decir, señor mio, que hoy la verdad está completamente desterrada del comercio social?

Delaunai. Casi, casi. Y no me atreveré yo á decir si ese es un mal, ó un bien.

Alberto. Cómo! Vos aprobais semejante sistema?

Delaunai. Amigo, la esperiencia!... Yo soy del parecer de aquel filósofo que decia: «Si tuviera la mano llena de verdades, no la abriria.»—Tenia razon: para qué sirven? quién las busca? quién las desea? nadie!... al contrario, todos las temen; y lo cierto es que en el dia es mas facil hacerse camino con la mentira que con la verdad: esta no conduce á nada, y aquella conduce á todo!—Si yo os citara ejemplos!...

Alberto. Por muchos que me citarais, no me hariais mudar de conducta. Y aunque me tengais por ridículo y estravagante, os digo que para mí la lealtad, la franqueza es el primero de los deberes; que engañar ó mentir, y sea con el fin que fuere, es cosa indigna de un hombre honrado; y que por mi parte os juro...

Delaunai. Decir la verdad?

Alberto. Siempre, y en todas partes!

Delaunai. Bien: ese es uno de tantos medios de singularizarse.—Y sepamos á quién tengo el honor de hablar: no me negareis el gusto de conocer al que me ha salvado la vida!

Alberto. Soy un capitan de caballería, á quien cinco años de campaña en Africa y cinco heridas han hecho lograr...

Delaunai. La cruz de honor!...

Alberto. No señor.

Delaunai. Un grado...

Alberto. No señor: una licencia por cuatro meses para venir á Paris.

Delaunai. Y os llamais?...

Alberto. Alberto d'Angremont.

Delaunai. Hombre!... yo he conocido un d'Angremont,

compañero mio de colegio, muy viejo el pobre... que se murió el año pasado...

Alberto. Ese era mi tio... mi segundo padre!

Delaunai. No contaba el infeliz para vivir sino con una corta pension que recibia todos los meses de una mano desconocida... que ahora creo adivinar... (*Alberto hace un gesto negativo.*) Eh! cuidado! hace poco jurabais decir siempre la verdad!

Alberto. (*Sonriendo.*) Sí; pero hay casos en que no está uno obligado...

Delaunai. Hola! eso es ya confesar que hay escepciones... y lo que es mejor, que esa mano generosa era la vuestra. Esto aumenta la estimacion que ya me habiais inspirado; porque al primer vistazo me gustásteis, y... la verdad, os quiero!... No, no: podeis creerme, á pesar de mi sistema.—Y venís á París á solicitar algun ascenso, alguna gracia?...

Alberto. No señor: vengo á pedir justicia.

Delaunai. Huy!...

Alberto. Qué?... será imposible obtenerla?

Delaunai. Con calma... y esperando mucho tiempo...

Alberto. No es para mí; sino para la viuda de mi pobre general... del general Saint-Avold, á cuyas órdenes he servido, y que fue muerto á mis ojos en el campo de batalla; el único amigo que he tenido en el mundo!... el único!...

Delaunai. Hasta ahora; pero no desde hoy.

Alberto. (*Apretándole la mano.*) Ah! Señor!...

Delaunai. Con que, ibais diciendo que vuestro general...

Alberto. Oh!... el militar mas valiente!... el hombre mas honrado!... sin pensar mas que en su patria y en sus soldados!... y nunca en sí!... Murió pobre... dejando á su viuda con tres criaturas!—Solicito que añadan á su corta viudedad una pension con que pueda mantenerse. Desde ayer ando haciendo diligencias... he visto á varias personas... les he hecho á todos relacion de los méritos del general, como os la he hecho á vos... como son exactamente... sin quitar ni poner...

Delaunai. Sin quitar ni poner? Malo! Debisteis adornar la cosa... embellecerla... He visto yo tantas veces la

accion mas sencilla convertida en un hecho heróico... sin mas que ayudar un poco...

Alberto. Y no debe bastar la verdad, cuando clama por si sola?

Delaunai. Seguramente; pero vos no habeis logrado nada?

Alberto. No señor.

Delaunai. Pues ya lo estais viendo! En fin, yo veré... Tengo poco favor... y menos caudal... pero no me faltan algunas relaciones con altos personages, y por su intercesion puede que logremos...

Alberto. Hacer triunfar la verdad?

Delaunai. Tal vez!... por una carambola!... Ya os he dicho que soy filósofo, y marcho con mi siglo: es decir, que para llegar á un punto suelo culebrear... pero al cabo llego, tomando el mundo como es, y amigos cuando los encuentro. (*Dándole una targeta.*) Ahi teneis mi nombre y las señas de mi casa: os debo la vida, y si algun dia puedo pagaros este servicio, será un placer para mí.

ESCENA III.

DICHOS. BOUVARD.

Bouvard. (*Saliendo de la derecha.*) Caballero, el ómnibus pasa ahora mismo por aqui.

Delaunai. Muchas gracias: me voy á casa, que mi hija y mi pupila estarán ya con cuidado.—Qué he hecho yo del baston y del sombrero? (*Alberto se los trae.*)

Bouvard. (*Mirando á la calle por la puerta de la izquierda.*) Caballero, si no os dais prisa...

Delaunai. Hombre! yo gasto siempre mucha calma!

Bouvard. Si? Pues el ómnibus, que no la gasta, ya está lejos de aqui. Mirad!...

Delaunai. De veras? Cómo ha de ser! Asi como asi, el ejercicio es bueno para los sustos... y al cabo... esos seis cuartos me ahorro, que siempre es una economia. (*A Alberto.*) A Dios, mi querido amigo. — (*A Bouvard.*) Servidor vuestro, señor...

Bouvard. Napoleon Bouvard, librero y editor...

Delaunai. Mil gracias por la generosa hospitalidad...

Bouvard. (*Acompañando á Delaunai.*) No hay de qué: celebro mucho que no haya sido... Si necesitais de mi para alguna publicacion nueva... ó alguna suscricion... ó...

Delaunai. (*Yéndose.*) No señor: lo agradezco.

ESCENA IV.

BOUVARD. ALBERTO.

Bouvard. Este señor á quien habeis salvado la vida, se me figura que ha de ser algo... (*Cerrando el puño, para indicar cicatero.*) Bien podia haber llevado alguna de mis obras... de estas últimas, cuya edicion está todavía intacta... y asi me hubiera estrenado...

Alberto. Es un filósofo!

Bouvard. Cuya filosofía consiste en no gastar, eh?

Alberto. Mucho hay de eso en el mundo. — Con que es al señor Bouvard en persona á quien tengo el honor de hablar?

Bouvard. Servidor vuestro. Napoleon Bouvard, librero y editor...

Alberto. A vuestra casa venia, cuando me encontré en el lance de ese caballero. Me ha dirigido á vos una respetable señora, la viuda del general Saint-Avold, con la cual habeis hecho conocimiento en otra ocasion.

Bouvard. Es verdad. Le compré unos libros... unos manuscritos de la testamentaria de su esposo.

Alberto. Ya! Serian obras de estrategia, ó de matemáticas.

Bouvard. No señor: unas memorias suyas.

Alberto. Memorias!... Hombre! Pues no sé yo que él haya escrito sus memorias!

Bouvard. Oh! y memorias interesantísimas sobre sus espediciones en la Argelia: pormenores inéditos y verídicos: documentos preciosos para la historia! Me pidieron por ellas seiscientos francos... Pero ya veis, como objeto de comercio, la cosa no valia ese dinero. Sin embargo... se trataba de una viuda!... de una madre de familias!... y luego, la gloria nacio-

nal!... un veterano del imperio!... todas estas consideraciones me enternecieron... y aflojé cien francos.

Alberto. (*Indignado.*) Cien francos!

Bouvard. En dinero contante: y eso que mi sistema es no pagar ningun manuscrito.

Alberto. Hola! Sois de la escuela del señor que se ha marchado? La misma filosofía!

Bouvard. La filosofía del comercio!

Alberto. (*Mostrándole un manuscrito.*) Y yo que, con la recomendacion de la viuda del general, venia á proponeros que me tomaseis esta coleccion de poesías...

Bouvard. Yo no compro poesías. Ni hay ya ningun librero que las compre.

Alberto. Pues es buena noticia para los poetas!

Bouvard. Pero si son tantos!... No sabe uno ya cómo componerse... Con todo, tal pudiera ser el nombre del autor, que... A ver el vuestro?... (*Mirando la portada.*) «Alberto d'Angremont.»

Alberto. Nombre bien oscuro!

Bouvard. Siempre tiene un *de*... Y como yo soy el editor de todos los personages que escriben... de las princesas, duquesas y baronesas... de los condes y marqueses, cuyos títulos con sus escudos de armas teneis ahí á la puerta de mi librería... Oh! es mucho honor para mí!

Alberto. Y sus obras son productivas?

Bouvard. Mucho!—Empiezo, como os he dicho, por no pagar los manuscritos. Esa es la primera condicion que os propongo. El ilustre autor se encarga de los gastos de impresion... que es poca cosa... del coste de los anuncios, etc. En cambio, yo hago insertar en todos los periódicos... y eso haré tambien con vos, si gustais: La librería de Bouvard acaba de adquirir, por el precio de cincuenta mil... ó de cien mil francos... eso á gusto vuestro, la deliciosa coleccion de poesías del caballero Alberto d'Angremont, aguardadas con tanta impaciencia...

Alberto. (*Conteniendo la indignacion, y esforzándose á reir.*) Ya, ya entiendo... Una farsa!

Bouvard. Justamente!

Alberto. (*Aparte.*) Será verdad lo que el otro me dijo?

Bouvard. Se hace una edicion satinada... con viñetas... con láminas de los mejores grabadores...

Alberto. Y se vende?

Bouvard. Es decir... se la van llevando... los parientes del poeta... los amigos... á veces el poeta mismo... cuando quiere hacer una segunda edicion... Oh! la gloria cuesta cara! Pero cuando uno es rico...

Alberto. Es que yo no soy rico!

Bouvard. (*Devolviéndole con frialdad el manuscrito.*) Ah!... Vos no sois... Ya! eso es otra cosa. Entonces tendreis que aguardar que la gloria venga por sus pasos contados... y es cosa larga!... sobre todo, con versos!... Si escribiérais en prosa... una novelita... en quince ó veinte tomos..

Alberto. Una habia empezado... no tan formidable... allá en Africa... en los campamentos... entre batalla y batalla... solo por matar el tiempo!

Bouvard. Hoy justamente todo lo de Argel está de moda; y si quereis que tratemos... (*Escuchando.*) Perdonad!... Creo que ha parado un coche!... (*Mirando hácia la calle.*) Sí! el del señor conde de Marignan!... Tened la bondad de sentaros... soy con vos al instante.

Alberto. Corriente: no dejeis de acudir al encuentro... Tanto mas, cuanto que el señor conde de Marignan debe ser uno de esos personages...

Bouvard. No le conoceis? Gran publicista! gran literato!... millonario!... y aunque jóven todavia, individuo de dos academias... sin contar una embajada que le han ofrecido!

Alberto. (*Sentándose junto al velador.*) Sois amigo suyo?

Bouvard. Oh! y á mucha honra! Fui su secretario, y ahora soy su editor.

Alberto. Con las condiciones consabidas?

Bouvard. Se entiende!... Yo no falto á mi sistema! (*Dirigiéndose muy rendido al conde, que sale por la izquierda. — Alberto toma un folleto y lo repasa.*)

ESCENA V.

BOUVARD. MARIGNAN. ALBERTO.

Bouvard. (*Con muchos saludos.*) Oh! Señor conde!... tanto honor para esta humilde librería!...

Marignan. De paso que iba al consejo de Estado, he venido á ver las pruebas... las han traido?

Bouvard. Me las prometieron para esta misma mañana... (*Gritando á los de adentro.*) Id corriendo á la imprenta!... las pruebas para el señor conde de Marignan! — Y qué!... vais á dignaros corregirlas vos mismo?...

Marignan. Sí: allí, durante la sesion del consejo... Siempre entretiene... y se ocupa el tiempo en algo.

Bouvard. Soberbia plaza es la de consejero ordinario! Quince mil francos de sueldo!...

Alberto. (*Ap.*) Para corregir pruebas!

Marignan. Y ya no puedo perder tiempo. Visto el éxito de mi primer tomo, es preciso que mañana salga el segundo,... porque la eleccion de la academia es pasado mañana.

Bouvard. Y vos, que sois conde, rico, individuo ya de dos academias!... vos, que brillais como literato y publicistà, qué os importa la academia francesa? Yo, en vuestro caso, dejaria la plaza á esos pobres diablos de literatos que no tienen otra.

Marignan. No, no: es cuestion de amor propio!... todas las probabilidades estan en mi favor!...

Bouvard. Oh! yo lo creo!... — Y por eso mismo... si yo fuera que vos... no publicaria ese segundo tomo.

Marignan. Pues qué!... no te parece bueno?

Bouvard. Oh! escelente!... sublime!... á mí me entusiasma!...

Marignan. Crees que sea inferior al primero?

Bouvard. Qué!... muy superior. Pero ese primer tomo, tan magnífico... tampoco lo hubiera yo publicado. Dar una obra al público, cuando aspira uno á entrar en la academia! Es una temeridad! Los altos personages, como vos, en semejantes casos no escriben; y es mas prudente!... Lo demas es dar armas á la crítica. No señor! se presenta como título... la persona! Yo soy el duque de tal, el conde de tal, el marques de tal... Y eso, que lo vayan á negar! la crítica no tiene á que agarrarse! Pero si publicais... aunque sea una obra maestra, porque eso sí... es una obra maestra!...

Marignan. Ya lo sé! Y tus observaciones no dejan de

ser fundadas. Pero no tengas miedo. Ya sabes que las elecciones de académicos se hacen todas en casa de la hermosa Corina Delaunai, la escritora: pues bien, allí se me ha preparado ya, gracias á ella, una mayoría compacta.

Bauvard. Lo creo! Y en el último número de la Revista que ella redacta hay un artículo en elogio vuestro... que apostaría que es suyo! Dice que como historiador sois muy superior á Robertson y á... Voy á enseñároslo...

Marignan. No: ya le he leido!... le conozco como si yo mismo le... (*Impaciente.*) Pero vamos, y esas pruebas?

Bouvard. (*Gritando.*) Las pruebas del señor conde! Ya me figuro lo que será!... los cajistas se habrán entretenido en leerlas, y

Marignan. Adulador!...

Bouvard. (*A media voz.*) Y el señor conde se ha olvidado de su promesa?

Marignan. Promesa de acciones para el camino de hierro? Las tendrás: ya he hablado á Florencio de la Roche-Bernard, que está conmigo al frente de esa nueva empresa.

Bouvard. Acepto... Pero... no era eso.

Marignan. Ah, un convite para mi baile?... lo tendrás. Y será muy pronto.. Quiero estar casado antes que me den la embajada. Ya soy rico, es verdad; pero el dinero pide...

Bouvard. Pide qué?

Marignan. Dinero. La embajada exige gastos; y necesito una rica heredera que haga los honores de mi casa... Con que, pronto asistirás á mi boda.

Bouvard. Me haceis mucho honor!... y lo acepto. Pero... no era eso.

Marignan. Pues hombre, qué era?

Bouvard. Ya sabeis que he sido yo quien os ha proporcionado para la historia de la Argelia, que estais componiendo, el manuscrito del general Saint-Avold... ese manuscrito de sus memorias... documento precioso... y auténtico!

Marignan. Sí; por el cual te he pagado veinte mil francos!

Alberto. (*Ap.*) Qué oigo!

Bouvard. Y que os ha valido gloria y reputacion... y la entrada en dos academias... es decir, en tres: cuyas puertas se os han abierto por el mérito de esa obra.

Marignan. (*Impaciente.*) Y qué? vamos!

Bouvard. Pues bien!... Es mucho pedir... que me otorgueis... una parte mínima en tantos honores? Aquello!... ya os acordais!... Sienta tan bien en el ojal!... Y luego, que redundará en gloria vuestra... cuando se publique: «Bouvard, editor de las obras del señor conde de Marignan, acaba de ser condecorado con la...» Esto hace hablar de la obra.

Marignan. Es verdad!

Bouvard. Una obra cuyo mérito es tan contagioso, que transmite su gloria... hasta al librero!

Marignan. Ya veremos.

Alberto. (*Levantándose.*) Oh! esto es demasiado!

Marignan. (*Reparando.*) Qué es eso?

Bouvard. Nada... un parroquiano... (*Viendo llegar á un mozo con las pruebas.*) Gracias á Dios!... Son las pruebas del señor conde?... Qué tardar!...

Marignan. (*Examinándolas.*) Aqui no viene todo... faltan las últimas páginas...

Bouvard. (*Qué ha hablado con el mozo.*) Estarán tiradas dentro de un cuarto de hora... y yo mismo tendré el honor de llevároslas al consejo de Estado... Dareis alli orden de que me dejen entrar... á Bouvard, *editor de las obras del señor conde de Marignan!*

Marignan. Corriente.

Bouvard. Y... no os olvidareis?...

Marignan. Ya pensaremos en eso!

Bouvard. (*Despidiendo al conde, que se va por la izquierda.*) Qué dia será aquel para mi!... Un rasgo sublime... de los muchos que teneis!...

ESCENA VI.

BOUVARD. ALBERTO.

Bouvard. Qué tono me he de dar!... con mi gran cinta encarnada!... El caballero Bouvard! (*A Alberto.*) Perdonad que os haya hecho esperar... Y no me pe-

sa tanto... porque asi habeis visto en qué pie de relaciones estoy yo con los altos personages! Con que vamos al asunto de la novela que habeis escrito en la Argelia... allá en los campamentos... entre batalla y batalla...

Alberto. Es inútil: renuncio al proyecto.

Bouvard. Y por qué?... Cuando acabais de oir...

Alberto. Si: lo que es la gloria, y cómo se consigue!

Bouvard. Con la facilidad del mundo!

Alberto. (*Ap.*) Ah! tenia razon el buen viejo! —A Dios, amigo.

Bouvard. Dónde vais?

Alberto. A tomar el aire... á ver si puedo olvidar!... Es posible! Y son estos los grandes hombres que obtienen esa fama!... esos inciensos!... y cuyos nombres repite y encomia cada dia el eco adulador ó asalariado de vuestros periódicos... gritando al mundo: «prosternaos!... bajad la cabeza!» Con que este es un pais donde con dinero y desvergüenza se adquiere fama y honra, y se puede decir con descaro: la tengo porque la he comprado! Con que todo es farsa!... todo mentira!

Bouvard. Pero hombre!... Contra quién es todo eso?

Alberto. Contra quién? Contra vos, en primer lugar, que teneis la avilantez de dar cien francos á una pobre viuda por un manuscrito de su marido, que vendeis por veinte mil francos!

Bouvard. Ese es el comercio!

Alberto. Contra vos, que por imprimir las obras de un conde, por no haber salido jamas de detras de ese mostrador, por haber pasado la vida empaquetando libros... aspirais á la cruz de honor!

Bouvard. Hombre! yo no hago mas que pedirla!...

Alberto. (*Indignado.*) Pues pedirla solamente es una insolencia! Yo tengo cinco heridas... y no la pido... la espero!

Bouvard. Pues amigo, ya vereis... ya vereis como yo...

Alberto. Agur! (*Dirígese apresurado á la puerta de la calle, y se encuentra con Florencio de la Roche-Bernard, que llega.*)

ESCENA VII.

BOUVARD. FLORENCIO. ALBERTO.

Florencio. (*Deteniéndole.*) Calla!... estoy soñando!... Alberto d'Angremont?...

Alberto. Florencio!... (*Se abrazan.*)

Bouvard. Hola!... se conocen!

Florencio. Qué aparicion es esta? Qué es de tí hace cinco años?

Alberto. En Africa siempre.

Florencio. Y yo en Paris. (*A Bouvard.*) Compañeros en el colegio de Saint-Cyr: juntos salimos...

Alberto. Y juntos debimos seguir nuestras campañas.

Florencio. Es cierto. Pero qué quieres!... asi que le tomé el gustillo á la vida parisiense y á las ninfas de la Grande-ópera, renuncié á la vida militar... y desde este paraiso le hice un saludo á la patria de Yugurta y de Abd-el-Kader.

Alberto. En la cual empezabas á distinguirte, y hubieras adquirido gloria.

Florencio. No digo que no... Pero hacia tanto calor!... Al paso que aqui...

Bouvard. Tiene razon el señor vizconde de la Roche-Bernard! Cuando uno pertenece á la mas alta nobleza... y tiene bienes inmensos...

Florencio. (*Impaciente.*) Bien, bien!

Bouvard. Cuando puede, á fuer de gran capitalista, ser el rey de la bolsa... disponer del alza y de la baja...

Alberto. Ah! tú juegas á la bolsa?

Florencio. En algo me he de ocupar! (*Con viveza.*) Y tú, estás siempre enamorado?

Alberto. Siempre!

Florencio. Como hace cinco años?

Alberto. Mas todavía!

Bouvard. (*Ap.*) Vaya!... ya decia yo!... por eso dice esas cosas!... se conoce que tiene la cabeza...

Florencio. (*A Bouvard.*) Una pasion ardiente, verdadera!... y muy reservada!... nunca ha querido decir á nadie... ni aun á mí... el nombre de su adorada. (*A Alberto.*) Y te marchaste á Argel para adquirir gloria y fortuna... para volver digno *de ella!* Lo has conseguido?

Alberto. No! La muger que amo es, por desgracia, hermosa, jóven, rica... de familia ilustre...

Florencio. Tanto mejor! no podias hacer eleccion mas acertada.

Alberto. Y yo... á pesar del *de* que el señor ha descubierto en mi apellido, soy hijo de un simple abogado de provincia, pobre y honrado, que me ha dejado cien luises de renta en tierras... que, con mi paga de capitan, componen toda mi riqueza. Asi pues, mientras no mejore de suerte, cómo he de pensar en declararme?...

Florencio. Hombre! te ahogas en poca agua! Yo te declaro... yo, miembro de la nobleza, que en la actual sociedad no hay ya clases... ni cuna... nada! igualdad completa!

Bouvard. Todos los franceses son iguales...

Alberto. Ya lo sé; ante la ley.

Florencio. No: ante el dinero. Hazte rico, y desaparecen todos los obstáculos. Hazte rico, y tendrás los mejores partidos de Francia. No es mas que cuestion de hacerse rico.

Alberto. Y cómo?

Florencio. Te lo diré si quieres.

Bouvard. Toma! en un dia!... en una hora!... Eso depende del señor vizconde.

Alberto. De veras?

Florencio. A propósito, Bouvard: esto me han pedido para vos: tomad... dos promesas de acciones en el camino de hierro.

Bouvard. Dos no mas!... Yo esperaba diez.! Pues si esto es oro en barras!

Florencio. No tengo mas: no me queda ninguna. Venia á decírselo al conde de Marignan... En su casa me han dicho que le hallaria aqui...

Bouvard. Acaba de irse al consejo de Estado: alli tengo que ir á llevarle pruebas.

Florencio. Pues decidle que voy ahora mismo á dar el gran paso: á ver á nuestro hombre... á nuestro gran capitalista.

Bouvard. Ese cuyo nombre dice el señor conde que bastará para acreditar el negocio?

Florencio. Justamente.

Bouvard. Voy corriendo. Qué lástima!... dos acciones no mas! Y no habria medio de obtener siquiera una media docena!

Florencio. (*Impaciente.*) Imposible!... Cuando os digo que se las arrebatan de las manos!

Bouvard. Pues por eso precisamente!... (*Se va.*)

ESCENA VIII.

ALBERTO. FLORENCIO.

Alberto. Fortuna ha sido el haberte hallado asi, al paso... porque te veo tan ocupado...

Florencio. Es cierto... tengo tantos negocios!...

Alberto. (*Sonriendo.*) Un señorito de la antigua nobleza convertirse en hombre de negocios! (*Viéndole sacar una gran cartera.*) Trocar la espada de sus abuelos por la cartera de agente de cambios!

Florencio. (*Escribiendo en la cartera.*) Ir al ministerio para la adjudicacion que ha de hacerse mañana. Asi que Marignan me conteste, ver al rico capitalista, á quien es preciso ganar.. Desde alli á casa de mi notario para la venta de las tierras que poseemos en comun mi hermana y yo...

Alberto. (*Con interés.*) Tu hermana Antonia!

Florencio. Y no me has preguntado por ella! Pues hace cinco años allá en la quinta de mi tia, donde yo te presenté, bien os hicisteis amigos... y dibujabais juntos... y repasabais música. Tenias fama de amable... sobre todo la tia te queria mucho! Y Antonia me ha preguntado despues cien veces qué era de mi amigo Alberto.

Alberto. (*Con gozo.*) De veras?

Florencio. Apenas llegaba un boletin del ejército de Africa, lo leia con un interés... mi tia!

Alberto. Ah! Era la tia.

Florencio. Es decir... como la pobre no veia se lo hacia leer á Antonia... y la buena señora escuchaba con una atencion!

Alberto. Mucho se lo agradezco! Y vive siempre en la quinta?

Florencio. Qué! no! Pues si la infeliz se murió hace cosa de un año!

Alberto. Cielos! Ignoraba!...

Florencio. Esas tierras son las que he vendido. Mi hermana está en París: yo soy su tutor. (*Riendo.*) Figúrate un tutor á quien la pupila echa sermones de moral... oh! me aburre! Así es que tengo unas ganas de casarla!... Y, ya se ve, como ella es rica, preciso es buscarla tambien un novio que sea rico... muy rico! De lo contrario, me quitarian el pellejo!

Alberto. (*Con viveza.*) Amigo mio! tú me acabas de decir... (*Conteniéndose.*) Has tenido la bondad poco há de ofrecerme á mí, á tu antiguo compañero, á tu amigo de la infancia...

Florencio. Mi apoyo, mi ausilio; sabes que puedes contar... de corazon! Y si hubieras querido... Pero has sido siempre tan desprendido, tan artista!...

Alberto. Qué quieres! Yo no veía cifrada en eso la felicidad! Pero ahora creo que si para hacerme rico fuera preciso arrojarme á un precipicio... no vacilaria!

Florencio. (*Con fuego.*) Ah! lo comprendo!

Alberto. Hacerme rico pronto, ó morir! Estoy resuelto!

Florencio. Y yo lo mismo!

Alberto. Cómo!

Florencio. (*Conteniéndose.*) Quiero decir... que tienes razon, que así es como se ha de tomar! —Escucha. Se trata de establecer una nueva línea de camino de hierro, en que yo y otros capitalistas fundamos grandes esperanzas. No sé si seremos preferidos, porque hay muchas compañías que nos disputan el negocio. Pero antes de la adjudicacion, que ha de ser mañana, ya las gentes se arrebatan las acciones, ó por mejor decir, las promesas de acciones.

Alberto. Pues señor, no entiendo una palabra.

Florencio. No importa. Lo que te conviene saber es que si nos llevamos el negocio, esas acciones... las nuestras, triplicarán su valor primitivo.

Alberto. Y si no os lo llevais?

Florencio. No sucede nada. Se le devuelve á cada uno su dinero, y hemos perdido el no ganar.

Alberto. Con que es decir, que nada se pierde?... que nada se aventura?

Florencio. Nada mas que lograr un inmenso beneficio, si salimos airosos. Y esas acciones... las tengo en mi poder... puedo darte las que quieras.

Alberto. Oh! te agradezco mucho!... Pero no has dicho antes que ya no tenias ninguna?

Florencio. Si: eso se dice... porque es el modo de hacerlas subir, de elevar el precio.

Alberto. Pero eso es una trápala, una mentira!

Florencio. Hombre! De dónde sales tú?

Alberto. De campaña. Pero me parece que la lealtad... y la delicadeza...

Florencio. Qué? Vaya, tú no has estado nunca en la bolsa! Eso que tú llamas mentira y trápala, es habilidad, es lo que constituye el talento financiero. Asi es como se hacen casas... qué digo casas! palacios! Asi es como se adquiere aprecio y consideracion: asi es como se obtienen títulos, grandes cruces, y... Vamos, vamos, déjate de tonterias, y acepta las acciones: no corres otro riesgo que el de ser festejado y solicitado.

Alberto. Te confieso que semejante manera de ganar dinero me repugna un poco... Pero una vez que tú, tan caballero, de tan rancia nobleza, la calificas de leal y legítima... acepto. Y qué tengo que hacer?

Florencio. Nada. Tomar cien acciones, doscientas... las que quieras; y pagar la mitad del valor adelantado... es decir, unos cien mil francos, poco mas ó menos.

Alberto. Corriente. El único obstáculo que tengo es que mis tierras, que producen cien luises de renta, no podré venderlas asi... de hoy á mañana. Y entre tanto que lo hago, si tú, amigo mio, quisieras adelantarme esos cien mil francos...

Florencio. (*Ap.*) Diablo!

Alberto. Para un millonario como tú, esa suma es una bagatela, ya lo sé; por eso acudo con franqueza á tu amistad.

Florencio. (*Con empacho.*) Oh!... esa confianza... me cautiva... te lo juro.

Alberto. (*Con franqueza.*) Asi lo he pensado; porque

yo en tu lugar... (*Observándolo*). Pero... calla! qué tienes? qué turbacion es esa? Si mi peticion ha sido indiscreta, la retiro. Me decidí á aventurarla, porque me pareció que unas buenas tierras, con aguas abundantes, en la parte mas fértil del pais, eran suficiente garantía para un compañero de la infancia, para un amigo!... (*Con indignacion.*) Sin contar que iba en ello mi suerte!

Florencio. Ah! no prosigas! Prefiero decirte la verdad entera, á soportar que formes ese concepto de mí! Esos cien mil francos que me pides, y que hace cinco años hubiera tenido un placer... no en prestártelos, sino en dártelos... no los tengo!

Alberto. No!...

Florencio. Silencio! Nadie en el mundo lo sabe. Pero esta especulacion que he emprendido con tanto afan, es mi única esperanza de salvacion. Para mí es negocio, no de aumentar mi fortuna, sino de reponerla. Si salgo con ello, nadie habrá notado nada, y me libro de la ruina... de la miseria!...

Alberto. En ese caso estás! tú con un caudal!...

Florencio. Y qué quieres! Se va sin saber cómo! En Paris, en cinco años... jóven, sin ocupacion... La ociosidad es cosa tan cara! Mientras tú hacias la vida de soldado, yo paseaba en carretela mi fastidio y mi cigarro habano. Tú te batias, y yo gastaba: tú derramabas tu sangre, y yo mi dinero. Y con quién, justo Dios! Qué noches de desorden! qué dias de mas desorden aun! qué orgias! qué despilfarro! Luego, para cubrir los primeros descalabros, se dirige uno á los naipes, á la bolsa...

Alberto. Has jugado?

Florencio. No es eso lo malo... Todo el mundo lo hace...

Alberto. Has perdido?

Florencio. Ahí está mi torpeza! Pero yo la enmendaré. Entre tanto, las tierras, los castillos que heredé de mis abuelos... todo lo he empeñado. Secretamente, por supuesto!... y lo que me ha quedado lo debo. Pero por fortuna, hasta ahora, el lustre de mi nombre, la fama de mis riquezas han alejado toda sospecha. Una persona de circunstancias tiene mil medios de conservar su crédito...

TAYLOR INST. OXFORD

Alberto. Es decir, de engañar.

Florencio. No: si se realiza mi plan, lo pagaré todo... y tú subirás conmigo á esa posicion.

Alberto. Renuncio á ella! Cuesta demasiado caro! Si la he deseado por un momento... era con un fin que ya veo imposible de realizar! — Hablemos de ti: tendrás muchos acreedores?

Florencio. Sí; pero no es lo malo el número. Los menudos... los que necesitan... esos callan y esperan. Pero los gordos!... Uno en particular!... un personage que por miserables cien mil francos me tiene bajo su dependencia, y como dueño que es de mi posicion, puede descubrirla y perderme! Y para librarme de él, á quién acudo?... A mi hermana?... imposible!... Es menor... y luego el otro tutor, ese inflexible Cesar Delaunai...

Alberto. (*Con viveza.*) Delaunai has dicho?

Florencio. El millonario mas avaro!...

Alberto. (*Buscando en los bolsillos.*) Se me figura que en la targeta que me dejó...

Florencio. Hombre de bien, eso sí! Mi hermana no podia vivir con un soltero como yo, y está perfectamente en casa de ese viejo capitalista... Vive con su hija, Corina Delaunai... una Marisabidilla... una décima Musa.

Alberto. (*Mirando la targeta.*) Él es!... Creerás, amigo mio, que esta mañana casi puedo decir que he salvado la vida á ese señor Cesar Delaunai?

Florencio. De veras?

Alberto. Dime, dime: si yo le pidiera un favor...

Florencio. Te lo negaria. Es el hombre mas ruin, mas avaro!... Ni tiene montada su casa, ni gasta coche... va siempre á pie.

Alberto. Eso ya lo sé!

Florencio. Tiene en Paris, en uno de los mejores barrios, un palacio soberbio; pues lo deja que se hunda por no gastar en componerlo. Le gusta vivir entre ruinas... y los que le visitan corren riesgo al subir su escalera.

Alberto. Ba! El que ha subido á las murallas de Constantina!... Me resuelvo...

Florencio. A intentar el asalto?

Alberto. Sí, amigo mio.

Florencio. Aguarda: iremos juntos. Precisamente tengo que hablar hoy de negocios á Delaunai... no es cosa mia, sino de la sociedad. Y tú?

Alberto. Yo?... yo voy á pedirle cien mil francos.

Florencio. (*Espantado.*) Cien mil francos!.,. Para tí?

Alberto. No: para un amigo.

Florencio. Cómo?...

Alberto. (*Alargándole la mano.*) No lo adivinas?

Florencio. (*Abrazándolo.*) Ah! querido Alberto!...

Alberto. Vamos.

Florencio. Y qué! tendrás la audacia de acemeter, por mí, á ese corazon duro?... á ese árabe?

Alberto. Oh! si él fuera árabe, la victoria era mia!... como lo ha sido siempre en Africa..Me haré cuenta que no he salido de allí. No tengas miedo! Ven conmigo! (*Se lo lleva por la puerta de la izquierda.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

Una sala en casa de Delaunai. Puerta en el foro, y otras dos laterales.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIA. CORINA.

(*Antonia está á la izquierda, sentada: tiene delante un bastidor de bordar, pero no borda: lée una carta que tiene en la mano.—Corina está á la derecha, junto á una mesa, y escribiendo.*)

Antonia. «Espérame hoy por la mañana, querida hermana: tengo que hablarte de tu casamiento: se presenta un partido que me conviene, y que á tí te debe de agradar... es un amigo mio...» (*Interrumpiéndose con gozo.*) Será posible!... (*Continúa.*) «Un alto personage...» (*Con tristeza.*) Ay! Dios mio!... (*Continuando.*) «que á sus títulos políticos y literarios reune el de conde.» — Quién será?... Tal vez el conde de Marignan... que de algun tiempo á esta parte me hace la corte... Oh! no! (*Guarda silencio, y se queda pensativa.*)

Corina. (*Escribiendo.*) «Memorias secretas de una jóven, que pueden servir para la historia de Francia del décimo-nono siglo. = Capítulo XV. = Corina Delaunai empieza á reflexionar, y conoce la necesidad de establecerse. Rápida ojeada que echa al rededor suyo. De cuantos literatos la rodean, el conde de Ma-

rignan es el único que, por su posicion política y sus sesenta mil libras de renta, ha interesado su corazon...»

Antonia. (*Aparte.*) Es estraño que mi hermano no haya hablado primero de este proyecto de casamiento con el señor Delaunai, mi otro tutor!... —(*En voz alta.*) Corina? Ha venido tu padre?

Corina. (*Sin levantar la cabeza.*) Todavia no. — Qué haces?

Antonia. (*Ocultando la carta.*) Yo?... estoy bordando.

Corina. (*Con desden.*) Bordar!... qué ocupacion tan mugeril!

Antonia. Y tú?

Corina. Yo estoy escribiendo mis memorias.

Antonia. Siempre lo mismo! En eso pasas el dia!...

Corina. Es un deber de toda persona que se distingue del vulgo, legar á la posteridad lo que ha visto, lo que ha oido, y sobre todo lo que ha sentido.

Antonia. Pues á mi todo eso me parece tiempo perdido.

Corina. Qué heregías estás diciendo? Las memorias secretas son lo mas precioso que existe en literatura: son, como si dijéramos, el daguerreotipo del pensamiento. Si todos los personages célebres hubieran escrito las suyas, se conoceria mucho mejor la verdad histórica!

Antonia. Lo crees asi?

Corina. Es tan interesante ver á los grandes hombres en *deshabillé*!

Antonia. A los grandes hombres, pase; pero á las mugeres!...

Corina. Y á las mugeres tambien. Es un placer tan grande el de sobrevivirse una á sí propia!... el de entregar su retrato á las ávidas y curiosas miradas de sus descendientes!... en fin, el de estar en escena en la posteridad.

Antonia. De veras? Y mira tú, yo tenia por una cosa muy pesada el estar en escena, como estás tú siempre, en el mundo actual!

Corina. Pesada!... Di mas bien deliciosa!—Como á ti no te agrada mas que la oscuridad!... Siempre temiendo que hablen de ti!... Siempre queriendo esconderte.

Antonia Y tú enseñarte.

Corina. Ah! si yo tuviera tu apellido y tu cuna!... Sobre todo, si yo fuera casi libre é independiente, como tú... iria á todas partes!... me haria notar en primer término!...

Antonia. Pues eso ya lo haces!

Corina. No tanto como quisiera! — Ya se ve, con un padre que no quiere llevarme á las sociedades... que no quiere tampoco recibir en casa... que se asusta á la menor idea de gasto!... Cómo he de dar bailes, ni *soirées*, ni *raouts*... ni nada de lo que pone en evidencia! Tengo que limitarme á los placeres literarios!...

Antonia. Esos son mas baratos.

Corina. A reuniones científicas... á lecturas poéticas...

Antonia. Esas no cuestan mas que agua y azucarillos.— Y dime, no temes tú, siendo muger, que eso pueda prestarse un tanto cuanto al ridículo?

Corina. Si, antiguamente... en tiempo de Molière, se hacia burla de las mugeres de genio... entonces las llamaban Marisabidillas: pero en este siglo, picadas de que se rian á sus espensas, se han hecho periodistas; y desde ese instante los literatos ya no se rien de ellas... las temen!

Antonia. Sí?

Corina. Sí; porque todos ellos se prosternan ante el poder del folletin! Gracias á esa Revista Europea, en que yo escribo, los tienes aqui diariamente haciéndome la corte á porfía, llenándome de adulaciones, y publicando elogios mios en prosa y en verso... para que yo les pague en la misma moneda. Asi me he convertido en un poder, en un centro, en un astro, al rededor del cual giran una porcion de planetas opacos, que esperan de mí un rayo de luz que los haga distinguir. Aqui en mi gabinete se elaboran las famas literarias, se preparan las elecciones académicas... Honra y provecho para mis amigos: para los que no lo son, persecucion y guerra! á aquellos los ensalzamos; á estos no los dejamos levantar cabeza: para los primeros, mi periódico es un pedestal; para los segundos, una losa!... Y gracias á este doble sistema, los tengo á todos bajo mi dependencia, á los unos por

el temor, á los otros por la esperanza. (*A un criado que trae un paquete de periódicos y folletos.*) Qué es eso?... Ah! Periódicos... Revistas... folletos... (*Los toma, y ofrece á Antonia.—El criado se va.*) Quieres ver?...

Antonia. Yo no! (*Asustada.*) Dios mio!... Te vas á leer todo eso?...

Corina. Por supuesto! Voy á ver si hablan mal ó bien de mí, para volver las tornas... con toda imparcialidad.

Antonia. Sabes que es faena!...

Corina. Beaumarchais ha dicho: la vida del escritor es un combate!

Antonia. Con que toda escritora ha de ser una Juana de Arco!

Corina. Con alguna diferencia.

Antonia. Es cosa terrible!

Corina. Algunas no se creen obligadas... pero yo! (*Repasando periódicos.*) «Noticias varias. Africa francesa...» Esto no me importa!

Antonia. (*Acercándose.*) Puede que sea interesante!...

Corina. Pues no has dicho que no querias?... (*Lée.*) «El ministro acaba de recibir despachos del mariscal, traidos hoy por el capitan de cazadores de Africa, Alberto d'Angremont.»

Antonia. (*Aparte.*) Cielos! Está en Paris!

Corina. (*Alzando la cabeza.*) Qué es eso?

Antonia. Nada!

Corina. (*Observándola.*) Estás turbada!... conmovida!... No, no: por fuerza tienes algo!

Antonia. (*Queriendo sonreir.*) Yo!...

Corina. La que ha escrito media docena de novelas, crees que ha de desconocer esas cosas... aunque no sea mas que en teoria? Cuándo te ha hecho á ti ese efecto un artículo de periódico? — Vamos, habla: quién de los contenidos en estos tres renglones te interesa? El mariscal, ó el ministro? (*Mirándola.*) No? Será acaso el jóven capitan? (*Viendo que se inmuta.*) Hola! le conoces?

Antonia. (*Afectando indiferencia.*) No hay motivo para ocultártelo.

Corina. Pero sin embargo me lo ocultabas.—Ea, cuén-

tamelo todo. Justamente no tenia ninguna anecdotilla para hoy... Esto me da para un capítulo de mis memorias... = Capítulo XVI. = Revelacion de Antonia, mi mejor amiga.

Antonia. Quita; quita!... Yo no te digo nada!... yo no tengo nada que decir, ni á tí... ni... ni á la posteridad, á quien nada le importa.

Corina. Si no hablas... inventaré yo la aventura á mi modo... Con que mas te vale darme los pormenores verdaderos.

Antonia. Pero si no hay pormenores!... Un pobre jóven... sin bienes... pero muy bueno, muy honrado... muy amigo de mi hermano... y de mi tia, que le queria muchísimo!...

Corina. Pues era una epidemia en la familia!

Antonia. Y hace ya cinco años que está ausente...

Corina. Razon de mas para pensar el uno en el otro... y á tu edad!...

Antonia. Lo que es él... jamas... ni con una mirada me ha dado á entender que gustase de mí.

Corina. Yo no hablo de él: hablo de tí!

Antonia. Yo!... yo no puedo ni debo alimentar tampoco... Dependo de mi hermano, que tiene otros proyectos.

Corina. Proyectos de matrimonio?... Y no me dices nada!...

Antonia. Me llaman tan poco la atencion!... A mí no me envanecen los pergaminos... ni los títulos...

Corina. Es un título?

Antonia. Sí: un conde.

Corina. Condesa!... Serás condesa?... Qué fortuna tienes!

Antonia. Eso dices!... tú! alumna de las artes y de la poesía!... Una artista!... Una musa!

Corina. Una musa condesa ó marquesa siempre vale mas! A mí, todo lo que es alto, notable, aristocrático... me seduce! En todas mis obras pongo duquesas, condesas, amigas íntimas mias... que no he visto nunca. Es un nombre que suena tan bien!... Mira: te confesaré una cosa: la única idea que acibara todos mis triunfos, lo que causa la desesperacion, la desgracia de mi vida, es llamarme Corina Delaunai!

Antonia. Qué tonteria!

Corina. Delaunai!... Concibes tú que la gloria pueda asociarse jamas á un apellido semejante?

Antonia. Y por qué no?

Corina. Delaunai!

Antonia. Pues bien; por qué no cambias ese apellido... por el de un esposo?

Corina. Asi fuera hoy!

Antonia. Tu padre, que es tan rico... y que te quiere tanto...

Corina. Quiere mas á sus talegas! — Y aunque en nuestro siglo hay muchos amantes de la gloria... como mi padre está siempre diciendo á voces que no me dará dote... esto los retrae. Asi es que los únicos partidos que se me presentan son... literatos puros y simples... escritores de profesion.

Antonia. Pues bien!...

Corina. Quita, quita! A mí no me gustan sino los que escriben... asi... á lo grande!... en momentos de ocio!... Una notabilidad política que llegue á ser ministro, y que figure en la historia, mientras yo la escribo! Mira tú qué ventaja para mis memorias!

Antonia. Pues bien: declárate con tu padre.

Corina. Tengo ese pensamiento; y á la primera ocasion...

Antonia. Pues ya se te presenta: aqui le tienes. (*Ambas se retiran.*)

ESCENA II.

ANTONIA. DELAUNAI. CORINA.

(*Delaunai sale por el foro.*)

Delaunai. (*Aparte, cavilando.*) La ejecucion de un buen proyecto no se debe diferir. Antes de volver á casa, he querido tomar informes exactos acerca del sobrino de mi amigo d'Angremont, y resulta, que es un escelente jóven. Talento, corazon, franqueza... franqueza demasiada! Pero ya se corregirá. — Tiene un pequeño patrimonio, real y efectivo. Cien luises de renta... en tierras, no en acciones. Es una reunion de cualidades muy raras en los tiempos que alcanza-

mos; de modo que el proyecto que he formado me contenta cada vez mas! (*A Antonia, que se le acerca.*) Ah! perdona, querida Antonia; no te habia visto...

Antonia. Queria consultaros, señor Delaunai, sobre una carta que mi hermano acaba de escribirme...

Delaunai. Luego, querida mia... de aqui á un rato. Tengo antes que hablar con mi hija de un asunto importante.

Antonia. Y tambien ella.

Corina. (*Que se ha sentado junto á la mesa.*) Sí, padre, sí.

Delaunai. Corriente: pues viene bien! (*Delaunai acompaña á Antonia hasta la puerta de la izquierda.— Entre tanto Corina estribe en sus memorias.*)

Corina. (*Escribiendo.*) «Capítulo XVII. = Entrevista de Corina con su padre. Elocuencia y firmeza que aquella desplega. Vencido Delaunai de la fuerza de sus argumentos, consiente en casarla con el que ama.»

ESCENA III.

DELAUNAI. CORINA.

Delaunai. (*Acercándose á Corina, que está escribiendo.*) Te estorbo ahora?... Estás componiendo!...

Corina. (*Levantándose.*) No, padre, no: apuntes, que han de servir para la historia de mi vida.

Delaunai. Vaya! no quieres perder momento...

Corina. Demasiados llevo ya perdidos!... y los mejores de mi juventud.

Delaunai. Cómo es eso! Pues he contrariado yo alguna vez tus ideas ni tus caprichos? Verdad es que mejor te quisiera con la aguja, que no con la pluma en la mano!... Me da fatiga cuando te veo el dedo, y sobre todo el vestido, manchado de tinta... Pero en fin, es tu gusto, y te he dicho yo algo? — Mas me gustaria recibir en casa personas de buen trato, gente lisa y llana... hombres de bien; y no que es esto un hervidero de orgullo, de envidia, de resentimientos literarios... una reunion de amigos... que se aborrecen entre sí; temperamentos poéticos y biliosos á quienes

dan calentura los triunfos agenos, y que de buena gana se sacarian un ojo por sacar los dos á su rival: asi profesan ellos las letras. Esa es tu tertulia cuotidiana: y te he dicho yo algo en contra? no: porque ante todas cosas he querido que seas feliz; y la felicidad, segun tú... es la libertad.

Corina. No, padre!

Delaunai. Pues tú me lo has dicho cien veces!...

Corina. No, padre!

Delaunai. Yo lo he leido en todos tus versos!...

Corina. Esa no es una razon. Hay ademas otra felicidad... y sobre eso queria hablar con vos seriamente.

Delaunai. Ya te oigo.

Corina. Yo tengo veintidos años, padre!

Delaunai. Veintidos!...

Corina. Si señor: ayer mismo lo consigné en mis memorias.

Delaunai. Si todo lo que hay en ellas es tan exacto!...

Corina. (*Con acritud.*) Padre, os repito que tengo veintidos años!

Delaunai. Bien: corriente. Convengamos en ello, y no hay mas que hablar. Es cosa convenida.

Corina. (*Con fuerza.*) Los tengo!

Delaunai. (*Id.*) Los tienes!

Corina. Y vos no pensais en casarme?

Delaunai. Si tal: pero como tú rechazas todos los partidos!...

Corina. Y si no se presenta ninguno ventajoso!

Delaunai. La culpa es tuya.

Corina. La culpa es vuestra! Por qué andais diciendo á todo el mundo que no me dareis dote?

Delaunai. Porque no pienso dártelo. —De qué me sirve tener por hija una maravilla, una musa, una Safo... si ha de ser preciso dar prosáicamente cien mil escudos á un yerno para que se digne cargar con ella? Entonces tu talento, tu inmenso talento se lo doy gratis, y como por añadidura. Es eso justo? Esa sola idea, poéticamente hablando, no te indigna?

Corina. Lo que me indigna, padre, es ver los pretestos que buscais para disculparos con vos mismo! Lo que me indigna, padre, es esa sed de dinero que os hace atesorar sin descanso!

Delaunai. Yo!

Corina. Sí: vós, poseedor de una infinidad de millones, gozais mas en contemplar vuestro oro, que en ver la felicidad de vuestra hija. Y si hasta hoy el respeto ha sellado mis labios, no por eso creais que he dejado de sufrir mucho, y hace mucho tiempo, al ver vuestra... vuestrâ...

Delaunai. (*Despues de una pausa.*) Acaba!... repite lo que dicen todos!... mi avaricia: no es eso? Creia que, contigo al menos, no tendria que justificarme; pero supuesto que me obligas á ello, oye un secreto que todos ignoran... que tú sola sabrás... y que te desafio á que lo descubras... ese será tu castigo!

Corina. (*Turbada.*) Qué quereis decir?

Delaunai. Siéntate aqui. — Eramos dos hermanos, Alejandro y Cesar Delaunai. Jóvenes aun, poseiamos un bonito patrimonio... unas seis mil libras de renta. A mí me bastaba para vivir feliz; pero Alejandro, mi hermano mayor, no era de ese parecer. Tenia ambicion; soñaba con la opulencia y el fausto, y no concebia que se pudiese vivir sin tener los caudales de un príncipe. Es decir, que se adelantaba á su siglo; que era digno de vivir en el nuestro. — Un dia me dió un abrazo, y se marchó allá... á Calcuta... ó qué se yo dónde!... con ánimos, sin duda, de acabar con la compañía de la India, y hacerse Rajá, cuando menos: lo cierto es que no volví á saber de él. — Yo, que era amigo de la quietud, de la comodidad, de darme buen trato, seguí haciendo mi vida de soltero, sin escasearme cuantos goces y placeres permite una renta de seis mil libras. Aquella fue mi época feliz. Por desgracia, el amor vino á desbaratarlo todo!... Me casé con una muger pobre... y á poco tiempo se aumentaron mis obligaciones; porque Dios nos envió una hija... Corina Delaunai, que está presente. De esto hará unos veintiocho años... (*Viendo el gesto que hace Corina.*) No, no: veintidos: es cosa convenida! — Desde entonces me acostumbré á economizar, no para mí, sino para tí. Renuncié á aquellas comodidades... á aquellos goces que tanto me agradaban. Fue un sacrificio, lo confieso; pero decia yo entre mí: me veré recompensado con usura por la estimacion de la

sociedad y de mis amigos! Qué error! Soltero, todos me festejaban: padre de familias, todos me cerraban la puerta!

Corina. Ah! eso es infame!

Delaunai. Convengo. Pero asi es el mundo! Desde entonces, hija mia, me hice filósofo... filósofo práctico... y de lo mas acérrimo! Asi pasé unos cuantos años en mi guardilla, olvidando y olvidado; cuando un dia los periódicos alemanes anuncian que Alejandro Delaunai, dueño de un inmenso caudal, acababa de morir en Hungría, dejando una herencia de tres millones. Los periódicos de París repiten la noticia... y cata que las gentes empiezan á decir... Calla!... pues yo he conocido hace años á Cesar Delaunai, su hermano!... qué guapo mozo!... qué amable!... qué corazon tan generoso!... y qué buen padre de familias! —Toma!... si era íntimo amigo mio! —Y mio tambien! —Y se sabe qué es de él? —Yo no! —Ni yo tampoco! —Ni yo! —En esto, bajo de mi guardilla, y me presento. Los que antes no me conocian, ya me conocen. Qué apretones de mano!... qué convites!... qué comidas!... Ya estaba abrumado de festejos!... Todos los antiguos amigos volvieron á parecer!... Qué digo todos!... Cien veces mas! Como sucede en las restauraciones, se habian multiplicado prodigiosamente durante el interregno. Pues y el crédito que ya gozaba yo!... y el saludo fraternal de los capitalistas!... y los dengues y miradas de las muchachas!... Y yo me dejaba querer! Aceptaba las nuevas amistades, sin envanecerme, y los banquetes, sin alegrarme... Ya te he dicho que me habia hecho filósofo. Por último, abandoné mi nueva corte, y marché á Hungría á liquidar la herencia de mi hermano Alejandro.

Corina. Los tres millones!...

Delaunai. Sí, hija mia. Pero... aqui entra lo malo!

Corina. No habia tales millones?...

Delaunai. Sí tal!... eso era, poco mas ó menos. Pero despues de pagar las mandas particulares, que eran muchas, las deudas, que eran mas, y sobre todo, los derechos de sucesion que exige el gobierno austriaco... porque has de saber que el morirse en Austria

cuesta muy caro, me encontré con que no quedaba casi nada para el heredero universal.

Corina. Dios mio!... Nada!...

Delaunai. Nada mas que esta casa en Paris... muy elegante y muy vistosa, que mi hermano habia comprado desde allá, sin verla, con intencion de venir aqui á acabar sus dias; pero nunca la habitó... la tenia abandonada... y era preciso hacer en ella reparaciones... y reparaciones muy costosas.

Corina. Es verdad!

Delaunai. Y en eso se me hubieran ido mis seis mil libras de renta... Venderla... en este barrio apartado, y en el estado en que está, no añadia casi nada á mi capital, ponia de manifiesto mi verdadera situacion, y me acarreaba de nuevo el desden y la indiferencia de los amigos. Entré en cuentas conmigo, y dije: En este siglo en que la verdad no es ya de moda, y nadie la usa, por qué la he de usar yo? quién me obliga á decirla? Si se empeñan en que sea heredero de tres millones, qué obligacion tengo de desengañarlos, ni de contarles mis asuntos domésticos? Nada: volví á Paris, y guardé un profundo silencio. Me instalé en esta casa, y volví á tomar el método de vida que habia tenido en mi guardilla. No hice alteracion alguna en mi antiguo sistema de economía... que ahora todos llaman avaricia...

Corina. Cielos!...

Delaunai. Todos... empezando por mi hija! Y qué ha resultado? Que al hombre económico nadie le miraba á la cara... al avaro todos le saludan. Cuando estaba dotado de una virtud, se alejaban de mí... me he dotado de un vicio... y se me colma de honores! (*Se levanta.*)

Corina. (*Levantándose tambien.*) Pero qué ganais con eso?

Delaunai. Qué gano? Hacerme con un diluvio de amigos, en un siglo en que hay tan pocos: verme solicitado, mimado, distinguido!... que no haya fiesta ni convite á que yo no asista!... sin que por mi parte tenga que darlos... qué he de dar!... si soy avaro!! Qué gano? poder frecuentar las primeras casas, dispensándome, sin que le choque á nadie, de ir bien

vestido, de tener coche, caballos... del regalo de año nuevo, del aguinaldo para los niños. Negarme á tomar las papeletas de rifa que quieren embocar las señoras, los billetes para conciertos, las listas de suscricion... como soy avaro!! En fin, gracias á este título protector, y á los privilegios que por él se gozan, he logrado ya, viviendo bien sin gastar nada, casi doblar mi corto capital... para tí, ingrata, para tí sola!

Corina. Ah! padre mio!...

Delaunai. Pero de eso á los millones que creías, hay todavía muchas leguas! Y ahí tienes por qué buscaba y sigo buscando un yerno razonable: ahí tienes porqué he publicado que no te daba dote. Es una farsa, como tantas otras... con la diferencia de que es verdad; porque yo nunca engaño á nadie! Y sin embargo, ese caudal que me suponen puede que algun dia sea real y verdadero... á lo menos en parte.

Corina. (*Con gozo.*) Qué decís?

Delaunai. Escucha, hija mia: en estos tiempos, para hacer fortuna es preciso ser rico. Ahora bien, como me creen rico, hay muchos que vienen á proponerme medios de serlo mas aun. A cada paso me ofrecen escelentes negocios, con un beneficio inmenso: yo no tomo sino aquellos que mi capital me permite aceptar; y esta moderacion la atribuyen unos á mi avaricia, temerosa de perder, y otros á mi opulencia, astiada de ganar... Ahora mismo hay dos ó tres sociedades rivales que se estan disputando el crédito y el apoyo de mi nombre. — Con que ya que estás enterada de la pretendida avaricia de tu padre... silencio! porque si se supiera que yo me he atrevido á usurpar un defecto que no tenia...

Corina. Oh! el mundo no os lo podria perdonar!

ESCENA IV.

DICHOS. UN CRIADO. *Luego* FLORENCIO *y* ALBERTO, *por el foro.*

Criado. El señor vizconde de la Roche-Bernard.

Delaunai. Que pase adelante.

Criado. Y el señor capitan Alberto d'Angremont.

Corina. (*Aparte.*) Oh! el amante de Antonia! (*En alta voz.*) Cuánto celebro!...

Delaunai. Le conoces?

Corina. De nombre... y me alegro mucho de que venga!

Delaunai. Y yo tambien. (*Mostrándole á Alberto, que aparece á la puerta con Florencio.*) Qué te parece?

Corina. Muy bien!

Delaunai. Me alegro!

Corina. Muy bien... para ser un africano. Ya tengo una página notable para mis memorias! Un retrato de ese jóven, hecho con tintas brillantes, en que se deje sentir el sol del Africa! (*Llegan Florencio y Alberto, y saludan á Delaunai y á su hija.*)

Alberto. Usando del permiso que me disteis, no he querido dilatar el momento de venir á ofrecerme á vuestra disposicion. Encontré en el camino á mi amigo Florencio...

Florencio. Yo venia á hablar de negocios. Ya sabeis que el conde de Marignan y yo, en union con varios capitalistas, solicitamos una nueva línea de camino de hierro; y en el caso de obtenerla, desearíamos que aceptárais la presidencia del consejo de administracion.

Delaunai. Para eso es preciso ser accionista, y yo no lo soy.

Florencio. Pues bien, interesaos en el negocio, como he hecho yo, por cuatrocientos ó quinientos mil francos: eso es muy sencillo!...

Delaunai. Para vos, señor vizconde, que poseeis un caudal inmenso y sólido; pero para mí... ya es otra cosa!

Florencio. Por Dios!... Vos que sois tres ó cuatro veces millonario!...

Delaunai. Estais muy equivocado! Me falta mucho... pero mucho!... para ser tan rico como se cree.

Florencio. (*Aparte á Alberto.*) Viejo avaro!

Delaunai. Todos estan engañados respecto á mí... y vos el primero.

Florencio. Teneis gana de broma!—En fin, tenemos tal empeño en que os pongais al frente del consejo de administracion, que vengo en nombre de los accionistas y en el mio, á suplicaros que acepteis, en caso

de que logremos la adjudicacion, una promesa de cincuenta acciones gratuitas y remuneratorias. (*Viendo que Delaunai va á hablar.*) Cuento de tal manera con vos, que casi les he ofrecido vuestro consentimiento.

Delaunai. Vaya, no es cosa de haceros faltar á vuestra palabra; y ya que todos os empeñais...

Florencio. Enhorabuena! aqui tengo los cupones... no me falta mas que firmarlos. Entre tanto, mi amigo Alberto creo que queria hablaros...

Delaunai. (*Riendo.*) Y yo tambien á él. (*Bajo á Corina.*) Déjanos.

Corina. Por qué?

Delaunai. Ya te lo diré luego. Déjanos.

Corina. Qué rareza!

Florencio. Si tuvierais la bondad, puesto que os vais, de decir á mi hermana que la espero?

Corina. Con mucho gusto. (*Aparte.*) Voy á prevènirla que el jóven capitan está aqui. Sorpresa... reconocimiento...

Delaunai. (*Impaciente.*) Vamos!... Corina!...

Corina. Ya me voy, padre, ya me voy. (*Se va por la izquierda.*)

ESCENA V.

DELAUNAI. ALBERTO. FLORENCIO.

(*Florencio se ha puesto á escribir.*)

Delaunai. Con que, qué hay, amigo mio?

Alberto. Señor Delaunai, me manifestásteis esta mañana tan particular afecto... que no temo dirigirme á vos... á pediros un favor...

Delaunai. Favor! Es una deuda!... y si depende de mí...

Alberto. Yo poseo unas tierras...

Delaunai. Lo sé: ya he tomado informes...

Alberto. Os habrán dicho que mi patrimonio vale unos cien mil francos!

Delaunai. Lo menos!

Alberto. Prestadme esa cantidad.

Delaunai. A vos!

Alberto. Yo hubiera podido dirigirme á un notario; pe-

ro es el caso que necesito esa suma hoy... ahora mismo. Por eso os la vengo á pedir.

Delaunai. Me parece haberos dicho esta mañana que en materia de negocios, se debe desconfiar de todo el mundo.

Alberto. Ese dinero no es para mí.

Delaunai. Peor que peor! Arruinarse uno por su cuenta... pase! Pero por otro!... eso es absurdo!

Alberto. Pero cuando se trata de un amigo!...

Delaunai. (*En tono de burla.*) Un amigo!... Vamos!... vamos!...

Alberto. Qué quereis dar á entender?

Delaunai. Preguntadle al vizconde: él os esplicará, como yo, lo que significa en estos tiempos un amigo que pide dinero.

Alberto. Siendo un hombre de noble cuna... un caballero!...

Delaunai. (*Asustado.*) Uy!... un caballero!... un caballero de estos tiempos!...

Alberto. Sí señor.

Delaunai. Es decir que os pide la bolsa ó la vida!

Alberto. Poco á poco!...

Florencio. (*Incomodado.*) Cómo es eso?

Alberto. Este es un cumplido caballero: lo que se llama un hombre de bien!

Delaunai. Ya! entonces es distinto: esos son hoy los verdaderos nobles.

Alberto. Y si yo os le nombrara...

Delaunai. Quién es?

Alberto. (*Conteniéndose á una seña de Florencio.*) Se me ha prohibido.

Delaunai. (*Con ironía.*) Ya!... sí!... ya entiendo!... por respetos á su noble familia!...

Florencio. (*Dándole las acciones.*) Ahí teneis...

Delaunai. (*Guardándolas en el bolsillo, y dirigiéndose á Alberto.*) Señor capitan, ya os habrán dicho, sin duda, que yo soy avaro!... La verdad es que yo procuro colocar bien mi dinero; y al rehusar, como rehuso, el negocio que me habeis indicado, voy á proponeros otro en que podremos ser asociados.

Alberto. Qué decís?

Delaunai. Hace poco habeis visto aquí á mi hija, á

mi hija única!... Os la ofrezco en matrimonio.

Florencio. (*Admirado.*) Calla!... Vos!...

Delaunai. Yo!...

Alberto. A mi!...

Delaunai. Eh! poco á poco! Cuidado, que no le doy dote... sirva esto de prevencion. Mientras yo viva... vamos... haré lo que pueda... y despues de mi muerte, tendrá... por lo menos, tanto como vos.

Florencio. (*Riendo.*) Lo creo!... por lo menos! Vaya, amigo Delaunai, que sois lo mas original!...

Delaunai. (*A Alberto.*) Con que, qué decis?

Alberto. (*Conmovido.*) Me sorprende... me confunde semejante generosidad!... Y el mejor modo que hallo de mostraros mi profunda gratitud... es deciros con toda franqueza, con toda lealtad... que no puedo aceptar el honor que quereis hacerme.

Florencio. Estás loco!...

Delaunai. Cómo es eso?

Alberto. Para hacerme digno de tan noble proceder, tendria yo que ofrecer á vuestra hija una fidelidad eterna... un amor, en fin, que no siento... que siento por otra!

Florencio. Qué tonteria!...

Delaunai. Estais enamorado?

Alberto. Sin haber declarado mi amor, ni tener la mas remota esperanza de que jamas se logre! Pero aunque asi sea, jurar constancia y fé, cuando el corazon y el pensamiento estan en otro objeto... me parece indigno de un hombre de bien. Apelo á vos mismo, señor Delaunai: qué pensais de esto?

Delaunai. Qué sois el fenómeno mas digno!... y mas absurdo que existe en estos tiempos! Vuestra misma repulsa me prueba que no me habia equivocado en la eleccion de yerno.

Alberto. Y no quedáreis resentido?...

Delaunai. Yo soy quien debe pediros que me perdoneis... porque sin deciros nada... y persuadido de que aceptariais, he visto hoy algunos amigos... entre otros á Duperron... el subsecretario del ministerio...

Alberto. Para qué?

Delaunai. Como á nosotros los avaros no nos cuestan nada los empeños, fuí á recomendaros... como se re-

comienda á un yerno... con eficacia! Y si quereis creerme, no desengañeis á nadie... al menos en algunos dias... hasta que eso salga...

Alberto. (*Admirado.*) Cómo!... es posible!...

ESCENA VI.

DICHOS. ANTONIA.

(*Antonia sale turbada y conmovida por la izquierda.*)

Antonia. (*A Florencio.*) Hermano... me han dicho que estabas aqui...

Alberto. (*Ap.*) Antonia!

Antonia. (*Ap.*) Alberto! (*Ambos se saludan.—A Delaunai.*) En el despacho teneis al conde de Marignan, que quiere hablaros, segun me ha dicho, de un asunto importante.

Delaunai. Voy á verle. (*A Alberto.*) Y vos, amigo mio, podeis pasar á ver al subsecretario... no será malo que hableis con él.

Alberto. Y podré hablarle de la señora de Saint-Avold... la viuda de mi general?

Delaunai. Por qué no? Tambien yo le diré algo ahora al conde de Marignan, que es amigo del ministro...

Alberto. Ah!... quereis confundirme!

Delaunai. No: sino probaros que no tengo resentimiento.—A Dios. (*Se va por la izquierda.*)

ESCENA VII.

ANTONIA. ALBERTO. FLORENCIO.

Florencio. (*Corriendo hácia Alberto.*) Pero hombre!... ahora que no está aqui... esplicate! Tiene sentido comun lo que acabas de hacer, ni lo que acabas de decir?

Antonia. Qué ha sido?

Florencio. Que lo diga mi hermana, que es muger de buen consejo.—Ese viejo avaro, ese enterrador de millones... en una palabra, Delaunai, en un acceso de fiebre cerebral, le ha propuesto á este, simple oficial sin fortuna, que se case con su hija!

Antonia. Es posible!

Florencio. Ya sabia yo que te habias de quedar asombrada!... el hecho te parecerá fabuloso! Pues otra cosa te asombrará mas! Alberto ha rehusado!

Antonia. Habeis rehusado!

Alberto. (*Cortado.*) Sí señora... Cada uno tiene sus ideas. A mí no me deslumbran las riquezas!... para qué las quiero?

Florencio. Siempre has debido aceptar, sino por tí, al menos por tus amigos. En cambio, te hubieramos curado de tu pasion!

Antonia. (*Con curiosidad.*) Una pasion!...

Florencio. Otra estravagancia! una pasion, á la cual sacrifica un porvenir soberbio!

Antonia. Sin duda este caballero se verá correspondido...

Alberto. (*Con intencion.*) No señora! ni he pensado jamas que fuese posible!...

Florencio. Alguna santurrona... alguna hipócrita...

Antonia. La conoces tú, hermano?

Florencio. Yo no... Nunca ha querido nombrármela... lo cual es mala señal! Cuando yo he querido á una muger que valia la pena... todo el mundo lo sabia!... En estos casos debe uno ser franco. (*Yendo á la mesa á recoger los papeles y la cartera.*) Puede que contigo quiera serlo.

Antonia. (*Acercándose á Alberto, que se ha sentado en un sillon al lado opuesto.*) Si mi pobre tia estuviera aqui... estoy segura de que se lo confiariais todo!

Alberto. Tal vez!

Antonia. (*Sentándose junto á él.*) Y qué, no puedo yo hacer sus veces? Si mis consejos... si mi antigua amistad valen algo para vos...

Florencio. (*Con enfado.*) Vaya, hombre, diselo á mi hermana! Ella no te descubrirá!... nómbrale esa persona por quien estás muerto de amor.

Antonia. Sí, Alberto, hablad... quién es?

Alberto. (*Despues de un momento de perplejidad, y en voz baja.*) Vos!

Antonia. (*Levantándose con prontitud.*) Cielos!

Florencio. (*Desde la mesa, volviéndose.*) Vamos, la conoces?

Antonia. No!... si no quiere... no quiere decirlo!

Florencio. Peor para él.

Antonia. (*Conmovida.*) Le estamos entreteniendo aqui, y tiene que ir á ver al subsecretario... para asuntos que le interesan!...

Alberto. Ah! qué me importa!

Antonia. No, no!... no se debe descuidar!

Florencio. Por supuesto que no!

Antonia. (*Con timidez.*) Mañana, Alberto... si mi hermano lo permite...

Florencio. Qué cosa?

Antonia. Quisiera hablaros...

Alberto. (*Conmovido.*) Será posible!...

Florencio. (*Riendo.*) Para echarle un sermon por su conducta, eh?...

Antonia. (*Con dulzura.*) Sí, hermano. (*A Alberto, mirándole con ternura.*) A Dios, Alberto. (*Haciéndole besamanos.*) Hasta mañana!

Alberto. (*Mirándola con ojos de esperanza.*) Hasta mañana! (*Se va por el foro.*)

ESCENA VIII.

ANTONIA. FLORENCIO.

Florencio. (*Con aire ligero.*) Ea, ya estamos solos: hablemos con formalidad. Aunque no lo tengo de costumbre... cuando me pongo á ello... (*Con misterio.*) Has recibido mi carta?

Antonia. (*Volviendo en sí de su distraccion.*) Ah! sí!... ya no me acordaba!

Florencio. Tú que me andas siempre sermoneando, y que la echas de juiciosa... no dirás que he escogido mal. (*En confianza.*) Ahi le tienes!

Antonia. (*Admirada.*) Cómo!

Florencio. Confiado en mi promesa (*Señalando á la puerta.*) viene á pedir el consentimiento del otro tutor, y luego el tuyo.

Antonia. El conde de Marignan!

Florencio. (*En tono declamatorio.*) Tú le has nombrado! (*Con fuego.*) Es jóven, rico, goza del aprecio universal!...

Antonia. (*Friamente.*) Si!... los literatos le admiran como un político profundo, y los políticos le tienen por un gran literato. En sociedad le he hallado siempre frio, seco, ceremonioso; pensando solo en una cosa, en el efecto que producia; y en una sola persona...

Florencio. En ti!

Antonia. No, en sí propio, que es á quien profesa un amor esclusivo. Por lo demas, ni su presencia me molesta, ni su ausencia me aflige: su mérito no me quita el conocimiento para poder declararte, hermano mio, que no es ese el esposo que yo elegiria.

Florencio. (*Con risa forzada.*) Ah!... ah!... de manera que tú no participas de mi entusiasmo?

Antonia. No, seguramente.

Florencio. Y que si viene ahora á pedirte respuesta...

Antonia. Tú le rogarás que no me la pida!

Florencio. Como quieras! La inclinacion es libre! Lo que es en cuanto á mis compromisos con él... las hipotecas, las letras de cambio, los pagarés que tiene mios... no te asustes!... es cosa sencilla!... Si alguna vez levanto cabeza se lo pagaré todo. Si me hundo... aun será mas sencillo... la liquidacion no será larga.

Antonia. (*Mirándolo con inquietud.*) Qué quieres decir?

Florencio. (*Con alegría forzada.*) No hay que darle vueltas: yo no concibo la existencia sino de una sola manera; suntuosa y opulenta, es decir, feliz y considerada; y cuando uno no tiene ochenta ó cien mil francos que gastar al año, está muy espuesto al ridículo... y eso es lo que no soportaré jamas! O vivir bien, ó quitarse de en medio; este es mi sistema.

Antonia. Te estás chanceando, sin duda! Tú eres un hombre de honor; y...

Florencio. Eso es lo que quiero probar. Y matándome...

Antonia. (*Ap.*) Cielos! — (*Conmovida.*) Con matarse, hermano, no se pagan las deudas: lo que se prueba es no tener suficiente energía y valor para estinguirlas.

Florencio. (*Con despecho.*) Antonia!...

Antonia. Ya sé que hay muchos jóvenes que siguen tu sistema: les parece facil, cómodo y heróico!... y á mi me parece cobarde! (*Viendo el gesto de cólera que ha-*

ce Florencio.) Sí, Florencio, yo no soy mas que una pobre muger, y estoy segura de que para salvar nuestro honor, para conservar nuestro nombre puro y sin mancha, no hay sacrificio á que no me arrojara! Y tú, que eres hombre, que eres jóven, que tienes talento, educacion... no has de tener fuerza para trabajar, para restablecer tu fortuna, para reconquistar el aprecio y la consideracion? (*Con indignacion.*) Calla, hermano, calla... no me digas eso!

Florencio. (*Impaciente.*) Trabajar! trabajar!... Eso es muy bonito en teoria! Pero para restablecer mi caudal, de otro modo que por un golpe de mano, necesito tiempo... y los acreedores no me lo dan!

Antonia. (*Conmovida.*) Pues bien, no me has dicho que mañana te ha de entregar nuestro notario el precio de la quinta y las tierras que se han vendido en un millon, y que pertenecen á nosotros dos?

Florencio. (*Con empacho.*) Es verdad... pero con los préstamos y las hipotecas... mi parte ya no existe.

Antonia. Pero existe la mia! Tómala, hermano, y toma el resto de mis bienes, si es preciso. Págale al conde... paga á todos los acreedores... y vive!... (*Con fuego.*) Vive! aunque no sea mas que para olvidar tu vida pasada!

Florencio. Eso es imposible! imposible! Tú no puedes... ni debes disponer de nada!

Antonia. Y si yo quiero!

Florencio. Las leyes se oponen: eres menor. Y me opongo yo tambien, yo, que soy tu tutor. Que uno arruine á sus acreedores... pase; pero á su hermana!... Nada, nada: mi primer idea es la mejor!

Antonia. Pero no ha de haber otros recursos?...

Florencio. Ninguno.

Antonia. No tienes amigos?

Florencio. Amigos!... Dios me libre! Un amigo es el que me tiene con la soga al cuello!... un amigo es el que puede mañana... hoy mismo, si le da la gana, privarme de la libertad.

Antonia. El conde!... Dios mio.

Florencio. (*Riendo con ironía.*) Verme llevado entre agentes!... encerrado en una carcel!... yo!... un vizconde! un caballero! Permitir que en la alta socie-

dad se rian de mí... ó, lo que es peor, me compadezcan!... Eso no! no les daré ese gusto! lo juro! estoy resuelto!

Antonia. (*Aterrada.*) Dios mio!

ESCENA IX.

CORINA. ANTONIA. FLORENCIO.

Florencio. (*Con tono festivo.*) Oh! la encantadora Corina! (*A Antonia en alta voz.*) Tú eres dueña de rehusar ó de aceptar la mano del conde de Marignan.

Corina. Cómo!... su mano?

Florencio. Eso es cuenta tuya; y cualquiera que sea tu resolucion, yo me encargo de decírsela.

Antonia. (*Asustada.*) Hermano!...

Florencio. Y por lo demas... no te inquietes... porque, francamente, no vale la pena. (*Se va hácia la puerta del foro.*)

Antonia. (*Fuera de sí.*) Y he de ser yo causa!...

Corina. (*Tomándola la mano.*) De qué?

Antonia. (*Retirándola.*) Déjame!

Corina. Y qué piensas hacer?

Antonia. Aceptar! (*Se va apresurada por donde marchó su hermano.*)

ESCENA X.

CORINA.

Corina. (*Cón una esclamacion.*) Aceptar! El conde quiere casarse con ella!... No acabo de comprender!... Tambien ella quiere hacerse condesa! Esto es infame... si ella no le ama... si ama á otro... si me lo acaba de confesar... y asi sacrifica su amor y mi amistad á la ambicion!—No será: aqui estoy yo para oponerme. La he de casar, aunque no quiera, con el hombre á quien ama. (*Dirígese á la mesa, y escribe.*) «Capitulo XVIII.=De como Corina acabó por unir á Alberto y Antonia. (*Sigue escribiendo, concluye, toma el cuaderno, y dice adelantándose al proscenio:*) y de como se vengó del pérfido conde... casándose con él!» (*Vase con el manuscrito.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

DELAUNAI. ALBERTO.

(*Delaunai sale por la puerta de la derecha, y Alberto por el foro.*)

Delaunai. Oh! tanto bueno por mi casa... y tan de mañana!

Alberto. (*Mirando al rededor.*) No he podido dormir en toda la noche!

Delaunai. Y se puede saber por qué?

Alberto. Ilusiones!... sueños!... que no me atrevo á creer... ni puedo revelar á nadie en el mundo!... Y ademas, una cosa que quizá os desagrade, y que he querido venir corriendo á contaros, para que nunca me echeis á mí la culpa...—Desde ayer me he encontrado con una multitud de personas que me dan la mano, y me agovian á cumplidos. Todos me dicen: «Espero que la fortuna no os hará olvidar á vuestros amigos!...» y me elogian, y me abrazan, llamándome vuestro yerno. Por mas que les digo: «Señores, me lisonjeais con una honra que no he merecido: no hay nada de eso...» Dale que dale: toman mi franqueza por disimulo, y no me quieren creer.

Delaunai. Las pocas palabras que dije ayer al subsecretario, son sin duda las que han hecho correr la voz...

y esto os probará la escelencia de mi sistema; á saber: que muchas veces una mentirilla inocente aprovecha mas que una gran verdad. Y si lo dudais todavia, os diré que esta misma mañana han venido á advertirme, en confianza, que mi yerno el capitan iba á ser nombrado comandante.

Alberto. Yo!

Delaunai. Ascenso merecido!

Alberto. Pero que se lo conceden á vuestro yerno!... cuando hace tanto tiempo que debieron habérmelo concedido á mi, á mi conducta, á mis heridas... Y semejante injusticia...

Delaunai. No vayais ahora á enfadaros y á reclamar...

Alberto. Si señor!

Delaunai. Qué disparate! Aceptadlo... y sea por lo que fuere.

Alberto. Y si un dia se me acusa de haber obtenido ese ascenso por la intriga y el favor?

Delaunai. Semejante calumnia!...

Alberto. Otras mas absurdas se esparcen. Vuestro amigo, el subsecretario, sugeto muy delicado, pues ni una palabra me ha hablado de mi, me ha dicho que la viuda de mi pobre general iba á obtener el aumento de viudedad por recomendacion de un personage. Y en efecto, vos me ofrecisteis ayer que hariais recomendar la solicitud por el conde de Marignan...

Delaunai. Sí: él puso una esquela, y yo mismo se la llevé á su amigo el ministro.

Alberto. Pues bien, habeis de saber, que el subsecretario me añadió con una sonrisa maliciosa: «Parece que ese personage protege á la viuda del general Saint-Avold con mucha eficacia, y aun se dice que tiene con ella... disimuladamente, relaciones muy tiernas y muy vivas!» —Eso es falso! esclamé yo: quién ha podido contaros semejante impostura?—«El gefe de seccion, á quien se lo ha contado el mismo ministro.» —Ya podeis figuraros que me entré corriendo por las mesas...

Delaunai. Ay! Dios mio!...

Alberto. Y busqué al gefe de seccion, y á los oficiales... y en fin, llegué hasta el ministro!... y puse en claro la verdad, diciendo á todos que la generala de Saint-

Avold tiene cincuenta y cinco años... y probándoles que el conde de Marignan no la conoce ni la ha visto en su vida.

Delaunai. Eso habeis hecho?

Alberto. Si señor: he justificado á esa pobre muger!

Delaunai. Y le habeis quitado su pension.

Alberto. Yo!... Cómo es eso?

Delaunai. El conde de Marignan, por hacerse amigos, recomienda todos los memoriales que le dan, sin leerlos: esto ya lo saben en el ministerio; y para que este se distinguiera de los demas, y fuese mirado con interés... solté yo al oido del ministro dos ó tres palabras... acompañadas de una sonrisa... esas palabras vagas que se pueden interpretar y amplificar... á voluntad!

Alberto. Pero hombre!... En vos es ya un vicio... una manía la de... amplificar!

Delaunai. (*Con calma.*) Ese es mi sistema: el único que hay para medrar. Y ya lo estais viendo: yo sacaba adelante el negocio: y vos lo habeis... — Ahora entiendo el sentido de esta carta, que no podia esplicar antes... (*Le da una carta.*) Podeis enteraros.

Alberto. De la generala Saint-Avold!... y dirigida á vos!... (*Leyendo.*) «Señor Delaunai: acabo de saber por un empleado del ministerio, que, sin conocerme, habeis hablado en favor mio, y no sé cómo manifestaros mi gratitud. Ya iban á concederme la pension que habiais solicitado para mí, cuando un sugeto... (apenas puedo creerlo!) el capitan Alberto d'Angremont, á quien mi marido colmó de beneficios, ha destruido los efectos de vuestra bondad. Yo no sé lo que habrá podido decir *contra nosotros* en el ministerio; pero lo cierto es que todo el interés que se nos manifestaba se ha desvanecido. A vista de un proceder tan indigno de parte de ese jóven... de una ingratitud tan negra...» (*Sin poder acabar la carta.*) Esto es cosa de volverse loco!... A mí me acusa...: y á vos os da las gracias!...

Delaunai. Ya lo veis.

Alberto. A mí, que honraba la memoria del general!... á mí, que defendia el honor de su viuda!... — Ah! corramos, al menos, á desengañarla!

Delaûnai. (*Deteniéndole.*) Aguardad! Tengo que haceros un convite de parte del conde de Marignan y de la mia.

Alberto. A mí?

Delaunai. Como amigo que sois de Florencio y de su familia, estais convidado á asistir á las capitulaciones que se firman hoy aqui... y á la comida que da en su casa el conde.

Alberto. Unas capitulaciones!... y una comida!... y con qué motivo?

Delaunai. Con el de celebrar el casamiento de Antonia, mi pupila.

Alberto. Cielos!... Y con quién?

Delaunai. Con el conde de Marignan. Es cosa decidida desde anoche... y en verdad que no acierto á esplicarme cómo es que ella ha consentido... (*Viendo que Alberto pierde el sentido y se apoya en un sillon.*) Qué es eso?... qué teneis?...

Alberto. Yo!... nada... nada absolutamente!...

Delaunai. Cómo nada!... (*Alberto se deja caer en un sillon á la derecha, junto á la mesa, apoyando la frente en las manos.*)

ESCENA II.

DICHOS. CORINA.

(*Corina sale por la izquierda, leyendo en el cuaderno de sus memorias.*)

Delaunai. (*Dirigiéndose á ella.*) Mira, mira!... Nuestro capitan se nos ha puesto malo...

Corina. (*Soltando el cuaderno en la mesa de la izquierda.*) De qué?...

Delaunai. Qué se yo!... Estabamos hablando muy tranquilamente del casamiento de Antonia...

Corina. (*Mirando á Alberto.*) Pues qué tiene de estraño!... Si la ama!... la adora!...

Delaunai. Calla! Con que era esa la pasion?... Pobre jóven!...

Corina. (*Acercándose á Alberto.*) Alberto!... Alberto!... qué teneis?

Alberto. (*Alzando la cabeza.*) Gracias!... gracias!... no es nada!

Corina. Os digo que esto no puede quedar asi... porque ella os ama... yo lo sé.

Alberto. (*Levantándose con prontitud.*) Qué decís?

Delaunai. (*Aparte.*) Qué pronto ha vuelto!

Corina. Ella misma me lo ha confesado... Y sé ademas que á ese conde de Marignan, con quien van á casarla, lo aborrece!

Alberto. (*Gozoso.*) Es posible!

Delaunai. Y entonces, cómo es que?...

Corina. (*Con cólera.*) Oh!... ese misterio inesplicable... yo lo esplicaré! Tramas! intrigas... ese es mi centro!... Oh! aunque sepa comprometerme!...

Delaunai. (*Conteniéndola.*) Muchacha!...

Corina. Yo soy asi!

Alberto. Corazon generoso!... lejos de estar resentida por el desaire que os hice, me quereis proteger?... Ah! por mas que diga vuestro padre, se encuentran almas nobles y desinteresadas!

Corina. (*Con exaltacion.*) Entre nosotros no mas!... en las artes y en la poesia! Oh! Sagrada amistad! inspírame!... inspírame los medios de castigar á ese traidor... á ese Marignan... que aborrezco ahora, tanto como le amaba!

Delaunai. (*Admirado.*) Tú!... (*Aparte.*) Oh! Sagrada amistad!... ahora te entiendo!

Corina. Sí, padre, sí!... Estaba ya tan segura de ser condesa!... Seis meses há que me está haciendo continuas declaraciones en verso... que he recibido... que he leido!

Delaunai. Que has leido?

Corina. Todas! (*Alberto vuelve á dejarse caer en el sillon, y queda pensativo.*)

Delaunai. Hija mia!... Y has ido á creer en los versos!... tú, que los haces! Pues no sabes que la divina poesia es enemiga nata de la verdad!... es la mentira, bajada del olimpo!

Corina. Y por qué engañarme? por qué hacerme la corte?

Delaunai. No te la hacia á tí, sino á tus artículos... de miedo que les tiene; á tus amigos los académicos, que se reunen aqui, y cuyos votos necesita.

Corina. Pues no tardará en sentir mi venganza! Ya en la Revista que sale hoy empiezo á destrozar la fama que aqui mismo le hemos dado. Pero eso no basta: impediré su boda! Lo primero es averiguar qué ha hecho para fascinar á Antonia...

Delaunai. Aqui viene!... De eso me encargo yo.

ESCENA III.

ALBERTO. CORINA. DELAUNAI. ANTONIA.

(*Delaunai y Corina se retiran hácia el foro. Antonia sale por la izquierda pensativa. Alberto, al verla, se levanta.*)

Antonia. Alberto!... Vos aqui!

Alberto. Me dijisteis ayer que viniera!

Antonia. Es cierto!... pero no podia entonces imaginar... (*Viendo á Delaunai, que se acerca.*) Ah! Señor Delaunai...

Delaunai. Mi presencia no debe sobresaltarte, hija mia. Las leyes me mandan protegerte: habla; todavía es tiempo. Si es cierto que ese casamiento se verifica contra tu voluntad...

Antonia. No señor: yo he consentido en él: he aceptado por esposo al conde de Marignan...

Delaunai. Pero hay quien dice que acaso tú no le hubieras elegido?

Antonia. Acaso!

Delaunai. Y que no le amas?

Antonia. (*Bajando los ojos.*) Por Dios!...

Corina. (*Acercándose.*) Es cierto! ella me lo ha dicho!

Antonia. (*En tono suplicante.*) Corina!

Corina. Le aborrece!... y yo tambien!

Antonia. No importa! Le he dado mi palabra, y la cumpliré.

Delaunai. Vamos á cuentas. No casándote con él por tu gusto, debo sacar en conseeuencia que te casas por gusto de otro... esto es evidente!

Antonia. (*Cortada.*) No mas!...

Delaunai. Y ese otro... Yo, atando cabos... y observan-

do... suelo muchas veces adivinar! Puede ser... verbi gracia... tu hermano!

Antonia. Qué estais diciendo!

Delaunai. Esa opulencia facticia con que deslumbra á las gentes... á mí no me ha engañado nunca! Tiene su caudal empeñado... No temas: los que lo oyen son todos amigos. Debe sumas inmensas... entre otros, al conde de Marignan... quizá le debe mas de lo que yo me figuro... Te estremeces?...

Antonia. Yo! Señor!...

Delaunai. (*Tomándole la mano.*) Lo estás viendo!

Antonia. (*Conmovida.*) Pues bien... Y si fuese cierto!... si estuviese yo decidida á todo... por salvar la vida de mi hermano...

Delaunai. La vida!... la vida!... Escucha. Mira, yo he conocido muchos jóvenes... de esos elegantes... preciosos... que no tenian mas mérito que su rico patrimonio... no hablo de tu hermano! Todos ellos disipaban su caudal diciendo: «La vida, corta y buena! En acabándoseme el dinero, me pego un tiro.» —Se les acababa el dinero... y no se pegaban el tiro...

Antonia. (*Aparte.*) Cielos!

Delaunai. Al contrario! adoptaban otra filosofía, y se resignaban á vivir... á costa de los demas. No lo digo esto por tu hermano! Entonces eran los tios... las madres... las hermanas... las que sufrian la tostada. Farsas domésticas. «Está comprometido mi honor!... mi vida!... si mañana... si dentro de una hora no tengo diez mil... quince mil... veinte mil francos...» mas ó menos, segun la sensibilidad del pariente. «No me volverás á ver!... ahí tengo las pistolas!... estan cargadas!...» Nunca lo estan; pero se cree... se tiembla... se llora... y se hace el sacrificio! —Esto es lo que llamamos la farsa de la desesperacion.—Con que á Dios, hija mia, te dejo reflexionar, y me voy á la Bolsa. (*Se va por el foro.*)

ESCENA IV.

ALBERTO. ANTONIA. CORINA.

Antonia. (*Aparte.*) Si fuese cierto!... qué infamia!...

Corina. Con que, ya has oido á mi padre!...

Antonia. Oh! no: eso no es creible! Y ademas, yo me he comprometido ya, he dado espontáneamente mi palabra al conde... y á menos que él no me la devuelva...

Corina. Con que di... si el rompimiento viniera de él...

Antonia. Entonces...

Alberto. (*Con viveza.*) Ah! corre de mi cuenta!

Antonia. (*Aterrada.*) Cielos!... qué pensais hacer?

Alberto. Hoy mismo quedareis libre... ó no presenciaré yo vuestras bodas... su vida ó la mia!

Antonia. (*Fuera de sí.*) Alberto!... os prohibo dar un escándalo que nos perdería!... Es preciso que el conde, sin indisponerse con mi hermano, renuncie por su voluntad...

Alberto. Eso no es posible!

Corina. Y por qué? Se inventa... se combina una fábula... Es cosa de imaginacion... á mi me toca.

Alberto. Y teneis esperanzas?...

Corina. Yo conozco al conde. De todas tus virtudes, la que mas le cautiva es tu dote... Si pudieramos hacerle concebir dudas acerca de esa virtud...

Alberto. Y cómo?

Antonia. A un hombre de tanto mundo!...

Corina. Ese es el mérito! Pero no dudes que si, por cualquier medio, tuvieras la dicha de perder, en todo ó en parte, ese millon que realza tus encantos... el conde modificaria sus ideas, y dejaria el campo. No lo veis en todas las comedias, en todas las novelas? En fin, dejadme á mi. (*A Alberto.*) Esta noche nos veremos en la comida... (*A Antonia.*) Le han convidado!

Alberto. Rehuso el convite.

Corina. No hagais tal!

Antonia. Dice bien Corina. Os ruego que no deis ningun paso que pueda despertar sospechas...

Corina. Por supuesto!... (*A media voz.*) Y luego... ya veis que ella desea que vayais...

Alberto. Ah!... Siendo asi...

Corina. (*Indicando á Antonia, que baja los ojos.*) Ya lo veis!... Marchaos.

Alberto. Y la viuda del general!... Ah! de todo me

olvido!... (*Antonia se va por la puerta de la derecha. Alberto por la del foro.*)

Corina. (*Saludando con la mano al uno y á la otra.*) A Dios! A Dios!

ESCENA V.

CORINA.

(*Se sienta agitada junto á la mesa de la izquierda.*)

Qué de cosas!... qué de acontecimientos!... Apenas basta la fuerza de mi imaginacion!... (*Escribiendo.*) «Capitulo XIX.»= En qué estaba yo?... (*Escribe, interrumpiéndose.*) Y mi editor, que ha de venir hoy!... Y mi *toilette* para esta noche!... He de llamar la atencion!... Ese pérfido!... le he de hacer que me llore!... (*Sigue escribiendo con mucha rapidez.*)

ESCENA VI.

CORINA. MARIGNAN.

(*Marignan sale de prisa y alterado por el foro, con un periódico en la mano.*)

Marignan. Ah!... yo sabré qué significa esto!...

Corina. (*Aparte, viéndole.*) El es! (*Dejando con calma la pluma, y volviéndose al conde con aire galante.*) Qué veo!... El señor conde por aqui, y tan de mañana!...

Marignan. (*Agitado.*) Si señora!... yo, que vengo indignado, herido en lo mas íntimo de mi corazon, á preguntaros si debe uno creer en la amistad... ó si es solamente una palabra vana, y una amarga decepcion.

Corina. (*Levantándose.*) La misma pregunta os haré yo, señor conde.

Marignan. A mi?

Corina. A vos!... á vos, que hace seis meses estais haciendo continuas protestas de tierna amistad... por no decir otra cosa, á una alma crédula... á un corazon amante... á una imaginacion exaltada, facil de alu-

cinar! Y cuando creia trocar la antorcha del genio... por otra antorcha de mas blando resplandor!... cuando contaba... (porque tenia derecho á contar) con el brazo... (no diré con la mano) de un guia, de un amigo, de un compañero... recibe la noticia de que ese hombre se enlaza con otra... sin consultar, sin prevenir á la muger cuya existencia ha marchitado! Despues de semejante desengaño, en quién se ha de confiar, señor conde!... en qué se ha de creer!... como no sea en el ateismo del corazon y en el vacío de todo humano sentimiento!

Marignan. Qué bien sienta, señora, todo ese alarde de sensibilidad en boca de una persona que, sin dar lugar á justificacion ni á esplicaciones, permite que se ataque y se destroce á los que debia defender!

Corina. Qué quereis decir?

Marignan. Que acabo de leer el último número de la Revista que vos dirigís... de esta Revista que corre por toda Europa... y que nadie se hubiera atrevido á insertar en ella un artículo como el que trae contra mí, si vos no lo hubierais consentido... ó acaso mandado.

Corina. Os equivocais, conde.

Marignan. (*Con prontitud.*) Será posible?...

Corina. (*Con frialdad.*) Le he escrito yo misma.

Marignan. Cómo! Esta sátira amarga!... no solo contra mis obras, sino contra mi persona...

Corina. Qué quereis!... Despiques de amor!...

Marignan. Decir que no tengo talento político ni literario!... que soy un charlatan!... que trafico con la gloria!...

Corina. Despiques de amor!...

Marignan. (*Impaciente.*) Sí; pero los que no me tienen amor repetirán todas esas injurias!... Y cómo combinais esto con los elogios que me habeis prodigado en el mismo periódico?... Talento, sensibilidad, nobleza de alma...

Corina. Estaba ciega!... Despiques de amor!...

Marignan. (*Colérico.*) Por Dios! Señora!...

Corina. Los juicios se rectifican. Vos mismo, no abandonais hoy el ídolo que incensabais ayer?

Marignan. Pero no lo ultrajo!... no lo derribo del altar para hollarlo con mis pies! y mi adoracion... qué di-

go!... mi fanatismo se sobrepone á los demas sentimientos... porque el amor pasa, pero el genio queda! el genio es imperecedero!... el genio es inmortal!... el genio es... (*Aparte.*) Tener que adularla!... yo, que detesto á las Marisabidillas!... —Escuchadme, Corina!

Corina. (*Que se ha sentado á la izquierda.*) Me vais á engañar!

Marignan. No! Conoced en fin el error que me ha cegado. Tambien yo os amaba! yo amaba á la alumna de las artes y de la poesía!... Pero creyendo que esa alma pura, celestial, etérea, desdeñaba las cosas de este bajo y miserable mundo, mi amor era un culto!... yo os adoraba... como se adora á una divinidad... á una casta y sagrada musa, para quien era una profanacion todo afecto terrestre... y persuadido de que no queríais ser amada sino así...

Corina. (*Levantándose.*) Y quién os ha dicho semejante cosa?

Marignan. Ah! si yo lo hubiera sabido!... Si yo hubiera sospechado que esa alma divina no desdeñaba un amor mundano...

Corina. De veras?...

Marignan. Habiamos nacido el uno para el otro!... qué identidad de todo entre los dos!... Las mismas inclinaciones... la misma edad... (*Reprimiéndose.*) No!... quiero decir, los mismos sentimientos... el mismo caudal... Pero ah!... ya es tarde!

Corina. Cómo tarde?

Marignan. Compromisos sagrados... con un amigo!

Corina. Pero... qué compromisos son esos?... esplicaos!

Marignan. (*Con empacho.*) Por desgracia... no puedo!

Corina. Quién os lo impide?... hablad!... responded!...

Un criado. (*Por el foro.*) El señor Bouvard.

Marignan. Mi librero me busca!...

El criado. No: es á la señorita á quien quiere ver.

Marignan. Oh!... pues no es justo que yo os estorbe...

Corina. (*Con despecho.*) Estais deshecho... por alejaros de mí!

Marignan. No tal!... Me quedo... aguardo á vuestro padre... para ese fatal contrato de boda... que ojalá se desbarate!...

Corina. Pudiera suceder, señor conde!

Marignan. (*Alzando los ojos al cielo.*) Ah! Plegue á los cielos!... Pero todo me abandona!... qué recurso me queda!...

Corina. Yo, conde!... yo!... y mi pluma! Ah! vos no conoceis todavía á la muger que tanto os ha amado!... Podrá detestaros... podrá aborreceros!... pero abandonaros!... jamas! (*Se va por la derecha.*)

ESCENA VII.

MARIGNAN.

Es el gavilan agarrado á su presa! Y qué hago yo con esta muger?... Me va á hacer una guerra mortal!... Y tendré por aliados á todos sus aduladores!... Los académicos que se reunen aqui, van á votar todos contra mí!... y la eleccion es mañana! El periódico de esta muger va á continuar haciéndome trizas... y acabará con mi reputacion!... Otras mas sólidas... con mucho menos... (*Acercándose á la mesa.*) Qué es esto!... aqui veo mi nombre... en este cuaderno... Cielos! otro artículo!... (*Leyendo.*) «Memorias secretas. = Capítulo XIX. = Desesperacion y venganza de Corina.—Medios de romper el casamiento del conde de Marignan, que sólo aspira al caudal de Antonia. Ver si se puede, imitando las escenas de la comedia de Molière, hacerle creer que Antonia está arruinada!...»—Hola! hola!—«Ponerse de acuerdo con el hermano y la hermana, que no se atreven á romper abiertamente, pero que lo desean; y entonces...»—Hasta aqui llega. Me basta. Esta vez al menos, sirven de algo las memorias secretas. Con que aqui se trama una conjuracion! Pues señor, ya estoy advertido: á ver si dispongo yo una contramina... una contrafarsa. (*Viendo abrirse la puerta de la derecha.*) Es Antonia... y qué agitada!... qué descompuesta!... Será que empieza la farsa? Atencion.

ESCENA VIII.

ANTONIA. MARIGNAN.

Antonia. Ah! Sois vos, conde!... Estoy tan sobresaltada!...

Marignan. Y por qué, señorita?

Antonia. Habeis visto á mi hermano esta mañana?

Marignan. No he tenido ese honor.

Antonia. El señor Bouvard... el librero, nos acaba de decir que le vió hace un rato... saliendo de casa del notario... que iba tan distraido, tan agitado, que acercándose á hablarle... ni le vió, ni le respondió... Dice que iba tan pálido... tan desencajado!...

Marignan. Sí, eh?

Antonia. Y no es eso solo... sino que... acaba de escribirme una esquela... que apenas se puede leer... en que me dice que no vendrá á verme hoy por la mañana... y que quizá... tampoco asista á la hora de firmar el contrato... en cuyo caso... que no le esperemos!

Marignan. (*Aparte.*) No hay duda: ha dado principio la farsa.

Antonia. Esto me tiene inquieta. Pero vos, conde, no podeis calcular qué ocupacion es la que detiene á Florencio?

Marignan. Yo, señorita!...

Antonia. Alguien se acerca!... Será él?... No: es mi tutor.

ESCENA IX.

DICHOS. DELAUNAI.

(*Delaunai sale por el foro, con el semblante alterado.*)

Antonia. Dios mio!... qué pálido viene!

Marignan. (*Aparte.*) Calla!... si tambien este viejo avaro entrará en la farsa?... Por supuesto: como que es padre de la otra!

Delaunai. (*Turbado.*) Mucho celebro, querida Antonia, encontrarte con el conde... y encontraros solos.

Antonia. Y por qué?... Venis alterado!... qué teneis?

Delaunai. Yo! nada.

Antonia. Decidmelo de una vez!... aclarad mis temores!... Mi hermano?...

Delaunai. Qué?... (*Haciendo ademan de ponerse una pistola á la sien.*) Disparate!... no tengas miedo.

Antonia. Ah! ya respiro!

Delaunai. (*Aparte.*) Otra es la diablura!... y es preciso irla preparando poco á poco... y con maña...

Marignan. (*Que le ha estado observando.*) Está repasando el papel. Veámosle venir.

Delaunai. (*Queriendo disimular.*) He dado una vuelta por la Bolsa... aquello era hoy el infierno! Todas las combinaciones se las ha llevado el diablo!... inclusa aquella, señor conde, para la cual me ofrecisteis acciones... que ya son nulas.

Marignan. Lo supe esta mañana. No ha sido posible hacer carrera de esa gente... Se han arrojado con un frenesí!...

Delaunai. Así ha sido!...

Marignan. Todas las sociedades se retiran de comun acuerdo... y los precios bajarán.

Delaunai. Ese era el partido mas prudente. Pero hay hombres... tan temerarios! Uno particularmente... un imprudente... un loco!... Empeñado en no renunciar al negocio!... Aun con las nuevas condiciones impuestas, le parecia magnífico... creia ver en él una ganancia inmensa!... A mí mismo vino para que le tomara otras cincuenta acciones gratuitas, como en la primera combinacion...

Antonia. (*Impaciente.*) Y qué?

Delaunai. Toma!... que el juego tiene sus percances... y él es jugador.

Antonia. Cielos!...

Delaunai. Se ha unido con unos capitalistas oscuros... tan temerarios como él... y se ha lanzado al negocio él solo, bajo su nombre.

Marignan. (*Con ironía.*) No pasarán de arruinarse.

Delaunai. Es verdad! Pero como hay que hacer previamente un depósito...

Marignan. De algunos millones... pagaderos á la vista!

Delaunai. Pues! y á él le tocaba poner quinientos ó seiscientos mil francos contantes, que no tenia... y el

desgraciado acababa de recibirlos de manos de su notario...

Marignan. (*Aparte.*) Va andando la farsa.

Delaunai. Y ese dinero era parte del dote de su hermana...

Marignan. (*Aparte.*) Ya llegó lo crítico!

Antonia. Acabad!...

Delaunai. Creyendo seguro el negocio... lo ha entregado todo.

Marignan. (*Aparte.*) Va perfectamente!

Antonia. (*Asustada.*) Pero decid... hay alguien mas que su hermana que pueda quejarse y reclamar?...

Delaunai. No: eso no.

Antonia. (*Con fuego.*) Entonces, qué importa!

Delaunai. (*Con prontitud.*) Importa! porque esos valores han bajado... la operacion se ha deshecho... y el depósito, ó por mejor decir, el dote de su hermana se ha perdido.

Antonia. (*Con gozo.*) Y no es mas que eso?

Marignan. (*Aparte.*) Cada vez va mejor!

Antonia. Pues haced cuenta que yo no sé nada... que nada me habeis dicho... y quédese entre nosotros.

Delaunai. Cómo?

Antonia. Ese dinero es mio, me pertenece... y si yo se le doy á mi hermano...

Delaunai. Haces ese sacrificio?...

Antonia. Y aun salgo gananciosa!

Delaunai. (*Estrechándola en sus brazos.*) Ah!... hija mia!...

Marignan. (*Aparte, viéndolos abrazados.*) Bien representado!

ESCENA X.

DICHOS. CORINA. ALBERTO. BOUVARD.

(*Corina y Alberto salen por el foro: detras de ellos Bouvard.*)

Corina. (*Aparte á Alberto, que la da la mano.*) No os asusteis porque esté ahí el notario. Valor! Eso no quiere decir nada todavia.

Delaunai. (*A Corina.*) Qué ocurre?
Corina. El notario está ahí.
Delaunai. (*Recordando.*) Ay!... es verdad!
Marignan. El notario! (*Aparte.*) Ahora entro yo!
Delaunai. Para esta hora le citamos... pero en estos momentos...
Corina y *Alberto.* (*Con gozo.*) Cielos!
Delaunai. (*Mirando á Antonia y al conde.*) Creo que su presencia será inútil...
Marignan. Y por qué? Hacedme el gusto, amigo Bouvard, de decirle que pase adelante. (*Bouvard se va por el foro, y vuelve á poco con el notario.*)
Delaunai. Cómo!...
Antonia. (*En tono de dulzura.*) Sí, para decirle que disimule el que le hayamos molestado. (*Acercándose al conde.*) Conozco, señor conde, que despues de semejante contratiempo... es imposible llevar á cabo nuestra proyectada union...
Corina. (*Aparte á Alberto.*) Qué está diciendo!
Antonia. Y el honor mismo me manda devolveros vuestra palabra.
Alberto. (*Aparte á Corina.*) Oh! felicidad!
Marignan. (*Pasando en medio de la escena.*) Señores, un suceso imprevisto, una desgracia de familia, cuyos pormenores no es del caso esplicar, y sobre los cuales guardaré siempre silencio; una desgracia, repito, ha venido á afligir en este momento á mi bella y noble prometida. Acabo de saber, por el señor Delaunai, que su pupila ha perdido una gran parte de su caudal.
Corina. (*Aparte á Delaunai.*) Arruinada!... Bravo! Antonia os contó mi plan...
Delaunai. (*Aparte á Corina.*) A mí no.
Corina. (*Id.*) Entonces ha sido creacion vuestra?...
Delaunai. (*Con estrañeza.*) El qué?
Corina. (*Aplaudiéndole, y haciéndole callar.*) Chit!... Bien!... muy bien!
Marignan. (*Aparte, habiendo observado al padre y á la hija con disimulo.*) Estaban de acuerdo! (*En voz alta, y con dignidad.*) Señores, pido que hoy, ahora mismo se firme el contrato matrimonial.
Todos. Es posible! (*A este tiempo, los criados han trai-*

do la mesa, y la han colocado en medio del teatro, á espaldas de los actores.)

Marignan. (*Volviéndose al notario, y mostrándole la mesa.*) Señor notario, tened la bondad de sentaros allí. Estoy impaciente por probar á los que puedan juzgarme mal... (*Mirando á Corina.*) que para mí las riquezas no son nada, y la fé jurada es todo!

Bouvard. (*Con esclamaciones.*) Esto es admirable!... Esto no tiene ejemplo!... (*A Corina.*) Es mucho hombre!... tan gran cabeza como gran corazon!

Corina. (*Aparte.*) Estoy confundida!

Bouvard. Mañana lo sabrá todo París!

Alberto. Se acabó mi esperanza! (*Mirando al conde.*) Pero es preciso confesar que se ha portado como un caballero!... (*A Delaunai.*) Vos, que no creeis en nada!...

Delaunai. (*En voz baja.*) Ni creo todavía, á pesar de que lo estoy viendo. No sé por qué, se me ha metido en la cabeza que no firma.

Alberto. (*Señalándole al conde, que ha firmado, y presenta la pluma á Antonia.*) Mirad. Y ahora, qué decís?

Delaunai. Digo... digo... (*Mirando á su hija y al conde.*) que no puedo entender lo que pasa aquí... pero apuesto á que estamos todos metidos sin saberlo en una solemne farsa! Ello dirá. (*Antonia, despues de titubear un instante, firma. Corina, al verlo, se arroja sofocada en un sillon. Alberto se cubre el rostro con las manos. El conde se frota las suyas. Delaunai los mira á todos con escama. Bouvard levanta las manos al cielo, haciendo estremos de admiracion. — Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

Acto cuarto.

Magnífica sala en casa del conde de Marignan. Una puerta en el foro y dos laterales. Dos confidentes, uno á la izquierda junto á la chimenea, y otro á la derecha junto á una mesa.

ESCENA PRIMERA.

MARIGNAN. BOUVARD.

(*El conde está sentado en el confidente de la derecha, y Bouvard en pie á su lado.*)

Bouvard. Os digo, señor conde, que ha hecho un efecto prodigioso!... simpático!... Yo se lo cuento á todo el mundo enternecido. Vamos... ahora mismo se me saltan las lágrimas! — Pues y las mugeres!... cómo están las mugeres!...

Marignan. De veras?

Bouvard. Oh! locas de entusiasmo. No hay casa en que no se hable hoy de vuestro heróico desinterés... Como no es lo comun en estos tiempos... y las gentes se apasionan de todo lo raro y estraordinario!...

Marignan. (*Levantándose.*) En mi ha sido cosa muy sencilla y natural. He consultado conmigo mismo... he obedecido á la voz de mi conciencia... á los impulsos de mi corazon.

Bouvard. Ah! Señor conde!...

Marignan. (*Con misterio.*) No será malo, sin embargo, que la prensa indique alguna cosa. Primero con las iniciales... «Se dice que el señor conde de... tres es-

trellas...» y luego... al otro dia el nombre con todas sus letras... indiscrecion contra la cual reclamaremos.

Bouvard. (*Sonriendo.*) No teneis que advertir nada... Yo no me descuido. Ya está todo eso hecho.

Marignan. Cuidado no te hayas escedido!...

Bouvard. Qué! no señor. Un articulito... cortito... muy tierno! Ahora me traerán una prueba, y la vereis. Si la señora Corina tiene sus periódicos, nosotros tenemos los nuestros... y por mucho que trabaje, sereis embajador, y sereis académico. Estamos en la ocasion crítica, y asi es que he echado á volar nuestro segundo tomo de la historia de la Argelia.

Marignan. Hola!

Bouvard. Aqui os traigo un ejemplar en vitela con viñetas y grabados. Mañana haré publicar que se han vendido en el dia de hoy veinte mil ejemplares, y anunciaré la segunda edicion para pasado mañana... Ya la tengo preparada.

Marignan. Bien!

Bouvard. Ahora debiais ir pensando en el tomo tercero.

Marignan. Ya veremos! Que lástima que ese general Saint-Avold no haya dejado escritos mas que dos tomos de sus memorias!

Bouvard. Haberlo dejado precisamente en la batalla del Mamurra... tan patética, tan interesante!

Marignan. Estás tú seguro de que no habia entre sus papeles un tomo tercero?

Bouvard. Vaya! Os lo hubiera vendido como los dos primeros... por veinte mil francos! Ojalá! En fin, yo revolveré, yo os buscaré otras memorias inéditas... hay peste de ellas! (*En voz baja.*) Si quisierais las de la señora Corina Delaunai... me ha propuesto que se las compre. Memorias póstumas... con la condicion de inventar algun ardid para que se publiquen durante su vida... aparentando que ha sido contra su voluntad.

Marignan. De Corina!... No, no! Harto siento tenerla hoy á comer.

Bouvard. Va á venir aqui?

Marignan. Por fuerza! Viene su padre, que es el tutor de mi futura, y no ha habido remedio!... Son dos entes que me...

Un criado por el foro. El señor y la señorita Delaunai.

ESCENA II.

DICHOS. CORINA. DELAUNAI.

(*Delaunai trae un legajo de papeles debajo del brazo.*)

Marignan. Oh! que estan aqui ya mis queridos amigos! Pensando en ellos estaba. Y son los mas puntuales á la cita. — Bouvard, nos acompañarás: he contado contigo.

Bouvard. (*Inclinándose.*) Tanto honor, señor conde!

Delaunai. Venimos á ofreceros, como todos, el justo tributo de nuestra admiracion. Sois el héroe del dia!

Bouvard. (*Aparte al conde.*) No os lo habia dicho!

Corina. (*Aparte.*) No puedo convencerme de que ese hombre sea un héroe... real y efectivo! A no ser que se haya lanzado al heroismo solo por desesperarme.

Delaunai. Ya sabes, hija, que antes que llegue gente tengo que hablar con el conde.

Corina. Sí, sí, os dejo: me voy al gabinete á recibir á las señoras.

Bouvard. Si esta señorita me permite que la acompañe... (*Ofreciéndole la mano.*) hablaremos de las memorias póstumas... (*Se va con Corina por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA III.

MARIGNAN. DELAUNAI.

Marignan. (*Aparte mirando á Delaunai, y riendo.*) Ya adivino lo que quiere decirme... y el trabajo que le va á costar! Tiene que descubrirme la farsa... y ya tengo yo preparada mi escena de indignacion.

Delaunai. (*Despues de un momento de silencio, se acerca al conde.*) Ya conoceis, señor conde, que en estas tristes circunstancias, tenemos que arreglar juntos ciertos preliminares indispensables. El vizconde de la Roche-Bernard no vendrá á comer.

Marignan. De veras! (*Hace seña á Delaunai de que se*

siente en el confidente de la izquierda, y él se sienta á su lado.)

Delaunai. Lo mejor que puede hacer es salir al momento de Paris, y marcharse lejos.

Marignan. (*Sonriendo.*) Y por qué? Por sus acreedores, ó por sus pérdidas en la Bolsa?... Ya está familiarizado con eso hace tiempo!

Delaunai. Si: perder lo suyo... pase; pero el caudal de su hermana!...

Marignan. (*Aparte.*) Va á empezar de nuevo la farsa!

Delaunai. En fin, no hablemos mas de eso!

Marignan. Sí; francamente, creo que será lo mejor.

Delaunai. Pues vamos al asunto. Ya conoceis que no puede continuar siendo tutor despues de haber disipado el caudal de su pupila.

Marignan. (*Aparte.*) Dale!

Delaunai. Y aun habria derecho para demandarlo... Pero Antonia se ha empeñado en que se dé por saldada la cuenta.

Marignan. (*Impaciente.*) Basta, por Dios!...

Delaunai. Qué teneis?

Marignan. (*Conteniéndose.*) Nada!

Delaunai. Me toca pues á mí, que soy el otro tutor, entenderme con vos sobre este asunto, y daros las cuentas de la tutoría en ausencia del hermano. Aqui traigo todos los papeles que me ha entregado su notario, y que podeis examinar despacio.

Marignan. (*Sonriendo.*) Bien... todo está bien, señor Delaunai. Pero hablemos formalmente.

Delaunai. Dificil es que hable yo con mas formalidad. Aqui teneis los títulos de pertenencia de todo... es decir, de lo poco que queda, esceptuando los seiscientos mil francos perdidos.

Marignan. Qué?... qué decis?...

Delaunai. Pero estan representados por este recibo de Florencio de la Roche-Bernard, el tutor...

Marignan. (*Mirando los papeles.*) Es posible!...

Delaunai. Y el resguardo del tesoro, en que consta el depósito...

Marignan. Cielos!... Con que este recibo?...

Delaunai. Es el de los seiscientos mil francos... que se llevó el diablo!

Marignan. (*Con una esclamacion de rabia*) Cómo!... Con que era verdad!

Delaunai. Pues qué!... lo habeis dudado, por ventura?

Marignan. (*Conteniéndose.*) Quién?... yo?... No señor, no!... no lo he dudado nunca!...

Delaunai. Pues entonces, qué es lo que os sorprende?

Marignan. (*Recorriendo los papeles muy agitado.*) Pero ese hermano... ese tutor... y estos papeles... Vamos! cuanto mas los examino...

Delaunai. Mas os indignais!

Marignan. (*Mirando el saldo.*) Un saldo á su favor de seiscientos mil francos!... Pero, señor, esto es un horror!...

Delaunai. Y quién dice que no! Pero ya no tiene remedio!

Marignan. (*Aparte, muy agitado.*) No tiene remedio... Y cómo he caido yo!... este es un lazo infame.

Delaunai. Pero qué teneis?

Marignan. (*Mirándole, y queriendo disimular.*) Yo!... nada, nada... Pero ya os hareis cargo!... (*Indicando los papeles.*) la turbacion... la... y como vos deciais antes... la indignacion de un hombre de bien!

Delaunai. (*Aparte, mirándole.*) Pues señor, yo sigo en mis trece! Aqui hay una farsa inesplicable... pero hay farsa!

ESCENA IV.

DICHOS. BOUVARD.

(*Bouvard sale por el foro con un periódico.*)

Bouvard. Señor Delaunai! Señor Delaunai!

Delaunai. Qué hay?

Bouvard. Al volver yo de la imprenta, donde habia ido á buscar las pruebas de un artículo para traérselas al señor conde, paró á la puerta de esta casa un coche: dentro venia un hombre embozado en la capa: me ve y baja el cristal... era el señor vizconde de la Roche-Bernard...

Delaunai. Estais seguro de ello?

Bouvard. Os digo que era él.

Delaunai. Y qué queria?

Bouvard. Hablaros ahora mismo: dice que va en ello su suerte.

Delaunai. (*Aparte.*) Querrá hacerme alguna farsa?... A mi no me la pega. Y si trata de pedirme dinero... á Dios gracias no lo tengo. Y ademas, como soy avaro!... Vamos á ver qué quiere. (*Se va por el foro.*)

ESCENA V.

MARIGNAN. BOUVARD.

(*El conde se ha dejado caer en el confidente de la derecha. Bouvard se coloca detras en pie.*)

Bouvard. Aqui está el artículo... Me parece que quedareis contento. Y en fin, como no es mas que una prueba, vereis todo lo que el entusiasmo ha podido... dejar olvidado. (*Viendo la distraccion del conde.*) Qué es eso?... No me escuchais, señor conde?

Marignan. Perdona, querido Bouvard: estoy caviloso por una noticia...

Bouvard. Mala?

Marignan. Si!... mala!

Bouvard. Vamos, este articulito os consolará. (*Leyendo con énfasis.*) — (*El conde no escucha.*) «Se habla mucho en los círculos de la alta sociedad de un rasgo de desinterés delicado á par que sublime, que se atribuye á un ilustre literato, á un personage muy conocido.»

Marignan. (*Aparte.*) Escapárseme asi nada menos que seiscientos mil francos.

Bouvard. (*Leyendo.*) «En el momento de ir á firmar las capitulaciones matrimoniales, recibe la noticia de que su futura esposa estaba arruinada.»

Marignan. (*Aparte.*) Quién habia de pensar que aquello era cierto!

Delaunai. (*Leyendo.*) «Y no escuchando mas voz que la del amor y el honor, tomó la pluma y firmó sin vacilar.»

Marignan. (*Aparte.*) Pero ya con esto, el contrato es nulo... de toda nulidad!

Bouvard. (*Leyendo.*) «Por respetos á su modestia no re-

velaremos un nombre que las artes y la gloria han entregado hace mucho tiempo al aprecio y admiracion del mundo...»

Marignan. (*Levantándose impaciente.*) Murmuren lo que quieran... poco me importa!

Bouvard. (*Leyendo.*) «Aqui se detiene nuestra pluma... porque creemos que todos señalarán al señor conde de M. (tres estrellas.)... (*Sigue de prisa y con énfasis.*), cuya última obra se halla de venta en la librería de Napoleon Bouvard, calle de San Honorato, número 36.» (*Al conde, que se pasea agitado.*) Me parece que no está mal... y que se ha hecho de modo que el velo del anónimo sea todo lo trasparente posible.

Marignan. Si, muy bien, Bouvard, muy bien! Te doy gracias... aunque apenas he oido... porque en este momento... estoy...

Bouvard. Pero ha ocurrido algo?

Marignan. Atroz!

Bouvard. Puede que no sea cierto! (*Doblando el periódico.*) Se imprimen tantas mentiras!...

Marignan. Ojalá que esto lo fuera! (*Con misterio.*) Has de saber que el vizconde está arruinado!

Bouvard. Eso ya lo sabiais vos!

Marignan. Que lo estaba él, sí: de sobra! Pero su hermana...

Bouvard. Qué?

Marignan. (*Con misterio, y agarrándole con fuerza del brazo.*) A su hermana la ha quitado seiscientos mil francos!

Bouvard. Pues ya!... ya lo sabiamos! (*Mostrándole el periódico.*) Aqui está en el articulo.

Marignan. (*Mostrándole el legajo, que tiene aun en la mano.*) No!... donde está de veras es aqui! Seiscientos mil francos... que pierdo.

Bouvard. Sin el menor sentimiento!... Asi se indica aqui. Pues eso es lo grande!... lo heróico!

Marignan. No, no!... Eso es lo infame! porque me han engañado!... lo entiendes? me han engañado villanamente!

Bouvard. (*Con viveza.*) Os han engañado?... Ah! con que no los ha perdido?... los tiene todavia?

Marignan. (*Con impaciencia.*) No, hombre!

Bouvard. No? Pues entonces el artículo está bien. (*Yéndose.*)

Marignan. (*Deteniéndole.*) No tal! Guárdate de enviarlo!

Bouvard. Por qué?

Marignan. Luego... luego te lo diré. (*Paseándose.*) No sé ahora qué partido tomar. Oh! lo que es el compromiso... ese no existe. He sido chasqueado... ha habido error... no estoy obligado á nada... Tengo derecho de romper...

Bouvard. (*Admirado.*) De romper el casamiento?

Marignan. Sin duda! Pero cómo lo hago? Despues de la bulla que he armado con mi maldita generosidad... Quién me ha metido á mí á hacer el héroe!... Asi soy yo! siempre me dejo llevar del primer impulso!... Y ahora, cómo me vuelvo atrás decentemente! Yo no tengo nada que decir contra esa muchacha!... Pero si contra su hermano, cuya conducta es indigna! (*Sentándose á escribir.*) Pues señor, digan lo que quieran, el honor es antes que todo!... con el honor no se puede transigir! (*Escribiendo.*) Esto es!... unas cuantas frases de efecto... porque la carta ha de correr...

ESCENA VI.

MARIGNAN. BOUVARD. CORINA.

(*El conde escribiendo en la mesa de la derecha. Bouvard en medio del teatro. Corina sale por la puerta de la izquierda.*)

Corina. (*Volviéndose á hablar hácia adentro.*) Qué mugeres! No saben hablar mas que de modas... y de prendidos... y con eso se satisfacen! Me avergüenzo de la frivolidad de mi sexo! (*Viendo al conde.*) Hola! El conde escribiendo!...

Bouvard. (*En voz baja.*) Silencio! No lo distraigamos!— Estaba, poco há, tan alterado!... tan furioso!... Pero ya está mas tranquilo... desde que ha tomado su resolucion.

Corina. Qué resolucion?

Bouvard. Se ha decidido á romper su casamiento.

Corina. Con Antonia?

Bouvard. Precisamente! Está componiendo la carta de rompimiento.

Corina. (*Con un grito de gozo.*) Ah!... (*Corriendo hácia el conde.*) Conde!... será cierto lo que acabo de saber!

Marignan. Estoy escribiendo al vizconde.

Corina. Segun eso... lo que me deciais esta mañana... era verdad?

Marignan. (*Con sensibilidad.*) Vos no habeis querido creerme nunca!... nada tengo que responderos! Pero algun dia se sabrá en quién de los dos estaba el afecto sincero y profundo! Sé los peligro que envuelve esta resolucion, las críticas á que me espongo; pero... cumpla yo mi deber, y aunque me acusen de faltar á mis juramentos...

Corina. No será Antonia quien os acuse, yo os lo juro! Al contrario, ella os defenderá... y yo tambien! Ella os dará las gracias... os deberá su felicidad!

Marignan. Qué decis?

Corina. Que ama á otro.

Marignan. Lo sabeis de cierto?

Corina. Os lo juro!

Marignan. (*Levantándose precipitado.*) Ah! Corina! Corina!... me salvais la vida!... Sois mi angel protector, mi numen tutelar!...

Corina. Esa alegria!... esa espansion!... Ah! qué mal os he juzgado!

Marignan. Y no habeis sido la única! (*Aparte.*) Antonia quiere á otro!... este pretesto es mejor!... el otro tenia sus riesgos. (*Corre á la mesa, rompe lo que estaba escribiendo, y empieza otra carta.*) «Señorita...»

Corina. Qué haceis?

Marignan. Estaba enamorada de otro y no me lo habeis dicho!... Ah! cruel amiga! cuántos tormentos nos hubierais evitado á todos!

Corina. Pero es posible!... Con que aquellas protestas eran verdaderas?...

Marignan. (*Alzando los ojos al cielo.*) Todavia lo duda! (*Escribiendo muy agitado.*) «Señorita: creo haberos probado, asi á vos como á vuestro hermano, que para mí no son costosos los mayores sacrificios.»

Bouvard. Oh! es verdad!

Marignan. «Uno solo es superior á mis fuerzas, el de vuestra felicidad: y si es cierto, como acaban de asegurarme, que vuestro corazon se inclinaba á otra persona...»

Bouvard. (*Limpiándose los ojos.*) Admirable... Y siempre sirve el artículo: no hay mas que mudar algunas palabras...

Corina. (*Aparte con gozo.*) Por fin, el triunfo es mio!... (*Viendo llegar á Alberto.*) Ah! Alberto!...

ESCENA VII.

DICHOS. ALBERTO.

(*Alberto sale por el foro, y se pára á la puerta.*)

Corina. (*Yendo hácia él.*) Entrad!... entrad!... Todo va á pedir de boca!

Alberto. Decidme, y vuestro padre? En su casa me han dicho que le hallaria aqui.

Corina. Hace media hora que se marchó.

Alberto. Sabeis dónde podrá estar?

Corina. Y qué le quereis con esa prisa?

Alberto. Tengo que hablarle... de parte de Florencio... que tambien anda por su lado buscándole hace rato.

Bouvard. Ah! pues tranquilizaos: ya le ha visto.

Alberto. Lo sabeis de cierto?

Bouvard. De aqui han salido juntos en coche.

Alberto. Vamos! respiro! He cumplido mi encargo.

Corina. Con que venis de ver al pobre Florencio?

Alberto. Pobre!... Sí, sí: no es mal pobre á estas horas!

Corina. Cómo!

(*El conde interrumpe la carta, y escucha con disimulo sin levantarse.*)

Alberto. Parece que al acabarse la Bolsa, empezó á circular la voz de que el señor Delaunai, el millonario Delaunai...

Corina. Mi padre!

Alberto. Que nunca quiere meterse en negocios de esa especie, estaba al frente de la nueva línea de caminos de hierro, que el alma de la especulacion era él, que Florencio no era mas que un testa-ferrea, que De-

launai, dueño ya de una masa enorme de acciones, compraba las demas con pérdida para hacerse con todas ellas. Apenas se estendió esta voz, las acciones que iban bajando rápidamente, se elevan como por encanto, y se hacen operaciones enormes. Florencio, que en el primer momento de desesperacion queria pegarse un tiro, se ve de repente rodeado, asediado de agiotistas, de agentes de cambio, de corredores... hasta de señoras, que á porfia le piden acciones.

Corina. (*Con gozo.*) Y las daria?

Alberto. Eso hubiera hecho yo. Pero él... nada! recobró su antigua osadía, y empezó á decir con un descaro inaudito: «qué acciones! yo no tengo ninguna!... no hay medio de lograrlas! Delaunai las ha recogido todas: las quiere para sí, y para su yerno, Alberto d'Angremont, que es este caballero.» Yo iba á desmentirlo, y me dice al oido: «calla por Dios: tú me vas á salvar!» — Alli fue ella!... Toda aquella gente se viene á mí, cómplice involuntario de una mentira, y me rodea, y me persigue, y me pide de rodillas que les dé acciones!... Y yo inflexible!... como que no las tenia! — «Al diez por ciento!» me gritaban: «al veinte por ciento!» y yo sin cesar de repetir: «señores, que no tengo! que no tengo!» Y entre tanto Florencio me sacaba de entre la multitud, diciéndome al oido: «hemos asegurado nuestra suerte mi hermana y yo!...»

Marignan. (*Aparte.*) Cielos!

Alberto. «Corre á buscar á Delaunai, dile que le doy cien mil escudos por las acciones que le entregué esta mañana; pero que á nadie... á nadie, sea quien fuere, se las venda por menos valor: en esto consiste el éxito de la operacion.» Eché á correr... y aqui me teneis, contentisimo de ver que Florencio ha recobrado su honor y su caudal, y que, gracias al cielo, Antonia es mas rica que antes.

Marignan. (*Aparte á Bouvard, rompiendo la carta.*) Anda á llevar el artículo!

Bouvard. (*Admirado, en voz baja.*) Cómo!... tal cual está?...

Marignan. Si, hombre, si! Anda, y vuelve pronto. (*Bouvard se va por el foro.*)

Corina. (*Aparte á Alberto, con gozo.*) Pues yo, Alberto... tengo aun mejores noticias que daros!

Alberto. Cuáles son?

Un criado. (*Por la puerta de la derecha.*) El señor vizconde de la Roche-Bernard y su señora hermana aguardan al señor conde en su gabinete.

Marignan. Voy al momento.

Corina. (*Deteniéndole.*) Dónde vais, conde?

Marignan. Mis mejores amigos!...

Corina. Cómo!...

Marignan. Mi futura esposa!...

Corina. Ah!

Marignan. Perdonad!.. voy corriendo á recibirlos! (*Se va por la derecha.*)

Corina. Ah!... (*Da un grito, y se apoya en el confidente de la derecha.*)

ESCENA VIII.

ALBERTO. CORINA.

Alberto. (*Acercándose á ella.*) Pero qué teneis?

Corina. Me seguia engañando!... Era todo una farsa!... Pero á qué fin?... con qué objeto?... Ah! yo descubriré este enigma!

Alberto. Hablad! Me deciais antes...

Corina. Que nos habiamos salvado!... y ahora...

Alberto. Qué?

Corina. Nos hemos perdido!... Y todo por vos!... por vos!... por vuestra fatal llegada!

Alberto. Pues qué he hecho yo?

Corina. Eso que habeis venido á contarnos...

Alberto. Es la pura verdad!

Corina. Sí!... pues esa pura verdad lo ha echado todo á perder... nos ha hundido!

Alberto. Poco á poco! Seguís vos tambien la filosofía de vuestro padre?...

Corina. El conde iba ya á devolver su palabra á Florencio... estaba escribiendo una carta en que rompia su casamiento... ya la tenia escrita! Pues bien, (yo no quitaba de él los ojos) la ha hecho pedazos en cuanto os ha oido contar que Antonia era mas rica que antes.

Con que ya veis, si renunciaba su mano, era porque la creia arruinada.

Alberto. Vos le calumniais! Pues esta mañana, cuando supo su ruina, no pidió, no exigió él mismo que se verificara el casamiento?

Corina. (*Confundida.*) Es verdad!... (*Con rabia.*) Eh! no es verdad!... no puede serlo!... Entre la verdad y ese hombre no hay alianza posible!

Alberto. Y entonces, cómo esplicais?...

Corina. Es inesplicable!... Es como sus obras... como su talento... que nadie lo entiende ni lo esplica. Pero yo he de aclararlo todo! Esto es una apuesta... un desafío... Desde hoy entre él y yo...

Alberto. Guerra á...

Corina. No!... Casamiento á muerte!

ESCENA IX.

DICHOS. MARIGNAN. ANTONIA. FLORENCIO. BOUVARD. CONVIDADOS.

(*Marignan, Florencio y Antonia salen por la puerta de la derecha. Bouvard por el foro, y detras de él varios caballeros convidados que van llegando. Algunas señoras salen por la puerta de la izquierda. El conde se dirige á recibir á los caballeros y á las señoras, y habla con todos durante la presente escena.*)

Florencio. (*Con aire suelto y alegre.*) Bravo!... Ya estamos todos reunidos!... Es la hora de comer... delicioso momento... cuando la comida es buena. Oh! y el conde de Marignan en ese punto es maestro!... Hoy todos los grandes hombres son gastrónomos... y hacen bien! La vida es tan corta!... sobre todo para los genios!...

Alberto. (*Aparte.*) Qué alegria!... qué buen humor!... Un hombre que esta mañana se queria matar!...

Florencio. Oh! que estás por aqui, querido Alberto! Delaunai, á quien encontré al fin antes que tú, me ha dado la noticia de tu ascenso... Ya es comandante, señores!... cosa oficial. (*A Alberto, en voz baja y riendo.*) Tambien me ha contado tus escrúpulos... y lo fu-

riosa que estaba la generala Saiut-Avold contra tí. Te has justificado ya con ella?

Alberto. Por supuesto! Ella opina, como yo, que valen mas miseria y honor que una pension adquirida á costa de la honra.

Florencio. Descuida. Ya pensaremos en la pobre vieja... la daremos unas cuantas acciones... que es un gran regalo!... porque andan por las nubes... Yo no tengo ninguna... (*Aparte á Alberto.*) Y esta vez es verdad.

Alberto. No has conservado ninguna?

Florencio. Ninguna. No me vuelven á atrapar!

Bouvard. (*Aparte al conde.*) El artículo saldrá en el número de esta noche.

Marignan. (*Aparte á Bouvard.*) Perfectamente! Perdonad, señoras, que comamos tan tarde. Ya no faltan mas que el caballero Delaunai, nuestro tutor, y mi querido amigo el subsecretario... que ambos me han ofrecido venir, y creo que no falten.

Florencio. (*Riendo.*) Ya tienes un cincuenta por ciento asegurado... porque ahí está el caballero Delaunai.

ESCENA X.

DICHOS. DELAUNAI.

(*Corina y Antonia se han sentado, durante la escena anterior, en el confidente de la derecha. Alberto está en pie y pensativo detras de ellas. A la izquierda, Bouvard, el conde, y luego Florencio, con los caballeros y señoras, unos de pie y otros sentados, forman diversos grupos en el salon.*)

Marignan. Bien venido, mi querido Delaunai!

Delaunai. Pido perdon por la tardanza. He venido á pie... como acostumbro, á causa de mi salud.

Florencio. A pie!... y está lloviendo á mares!

Delaunai. No he encontrado carruaje.

Marignan. (*Bajo á Bouvard.*) No lo habrá querido tomar... Es tan avaro!

Bouvard. Pues dicen por ahí que hoy ha hecho una ganancia enorme! (*Delaunai se acerca al confidente en que estan Corina y Antonia.—Florencio, el conde y*

Bouvard forman en el proscenio un grupo, y hablan á media voz.)

Florencio. Yo lo creo! Delante de mí, hace un rato, ha realizado cien mil escudos de beneficio.

Marignan. Hombre!

Bouvard. (*A Florencio, con alegría.*) Con vuestras acciones, eh? Yo he comprado unas cuantas!...

Florencio. (*Dándole un apreton de mano.*) De veras?... Guapo mozo! (*Suben por la escena conversando.*)

Antonia. (*Hablando con Corina.*) Pero qué he de hacer? Cuando estaba arruinada aceptó mi mano; y ahora que vuelvo á ser rica, cómo rompo este enlace sin deshonrarme ante las gentes? Ah! soy muy desgraciada!

Corina. Estoy furiosa!... (*Revolviendo con despecho los libros que hay en la mesa, y abriendo uno.*) Hola!... el segundo tomo de la grande obra del señor conde!

Una condesa. (*Que está sentada en el confidente de la izquierda.*) Oh!... esa admirable obra!...

Una marquesa. (*Que está á su lado, en el mismo confidente.*) La habeis leido, condesa?

La condesa. No. Y vos?

La marquesa. Yo tampoco!

La condesa. Es posible!... Pues todo el mundo habla de ella!

La marquesa. Y yo no he hablado con nadie que la haya leido!

Delaunai. (*Que está en pie detras del confidente de la izquierda.*) No lo estraño: es mas facil hablar de ella que ir á...

Bouvard. (*Con entusiasmo.*) «Historia pintoresca de la Argelia y de su conquista.» Tomo segundo, mas interesante y dramático, si cabe, que el primero. Espero que el señor Delaunai me tomará un ejemplar... Diez francos cada tomo... Mañana le tendreis en vuestra casa.

Delaunai. Diablo! Diablo!... Diez francos! Perdonad! eso es muy caro para mí.

Bouvard. (*Dirigiéndose á las dos señoras.*) Las viñetas y los grabados solamente valen nueve francos.

Delaunai. No digo que no! (*Aparte.*) El resto es lo caro!

Florencio. (*Que se ha estado paseando, se acerca al conde.*) Pero hombre, y ese subsecretario?

Marignan. Ya he dicho que sirvan la comida en cuanto oigan llegar el coche... pero aun no ha llegado!

Florencio. Mi apetito si... y hace tiempo!

Delaunai. Y el mio tambien. Nos lo podria entretener el señor conde, leyéndonos algunas páginas... algunos pasages de su obra maestra...

Todos. (*Levantándose.*) Es verdad!... Sí, conde!... sí!...

Marignan. Estais locos!... En una reunion tan agradable... una obra grave... un libro de historia!... Por Dios!...

La condesa. Y por qué no? Madama Scarron contaba un cuento...

Delaunai. Cuando faltaba el asado.

Corina. Y cuando falta un subsecretario...

La marquesa. Que es cosa muy distinta...

La condesa. Se le debe remplazar...

Corina. Con algo mas formal.

Marignan. Me convence el argumento, señoras! (*Toma el libro: unos se sientan, otros hacen corro al rededor del conde, como para una lectura de aparato.*) Os leeré algunas de las páginas con que termina este tomo...

Bouvard. (*Gritando.*) Un vaso de agua y un esponjado!

Marignan. No, hombre, no!... Antes de comer!...

Bouvard. Es verdad! (*Mirando al foro.*) Y está todo abierto!... Cerrad esas puertas!... se pierde la voz!...

Marignan. Qué importa!...

Corina. A nosotros sí, que no queremos perder una palabra.

Todos. Chit!...

Marignan. Se describe una espedicion al Atlas, y una batalla que dió el general Saint-Avold.

Alberto. (*Que ha estado caviloso, alza la cabeza y dice aparte.*) Mi general! qué viene á ser esto?

Delaunai. Esto debe ser pintoresco.

Marignan. (*Lée.*) «Cercado por todas partes de diez á doce mil árabes, y sin esperanza alguna de ser socorrido, el general habia pasado una noche terrible! Ya no le quedaban mas que dos escuadrones de todo el regimiento (tercero de dragones).»

Bouvard. Está palpitando de interés!

Marignan. «La luna, elevándose sobre las pardas rocas, reflejaba sus plateados rayos en las cimas del Atlas, que dilatándose á manera de un inmenso y blanco sudario, exaltaba la imaginacion de nuestros veteranos, recordándoles en medio del Africa, las heladas llanuras de la Rusia!»

Bouvard. Cómo está eso escrito!... Qué estilo tan académico!...

Corina. No parece historia!

Bouvard. Y es historia!

Florencio. Y no es mas que prosa!

Bouvard. Pero qué prosa!

Delaunai. Parecen versos!

Corina. Y los hay!

Delaunai. Qué!...

Corina. Si señor!—«Y ya no le quedaban
mas que dos escuadrones,
de todo el regimiento
tercero de dragones.»

Bouvard. Y es verdad!... Se le han escapado!

Florencio. Los hace sin querer!

Bouvard. Y cómo se elevan los pensamientos... y se precipitan impetuosos...

Delaunai. Parece una carga de caballería!...

Corina. Ese «tercero de dragones» es admirable!

Todos. Oh! delicioso!... sorprendente!...

Marignan. (*Inclinándose.*) Señores!... pura bondad!... pura indulgencia!...

Todos. Que siga!... que siga!...

Marignan. «El general distinguió entonces toda la tribu de los Beni-Balabúd...»

Alberto. (*Aparte.*) Cosa mas rara!...

Marignan. «Acampada á las márgenes de un torrente que se precipita en el valle, y forma el rio llamado el Mamurra...»

Alberto. (*Que estaba apoyado en la mesa, se dirige, ya impaciente, al conde.*) Oh! esto es demasiado!...

Corina. (*Se levanta y le detiene.*) Qué es eso?

ESCENA XI.

DICHOS. EL CRIADO, *por el foro.*

El criado. El señor subsecretario.
Marignan. A comer! Señores, el brazo á las damas! Concluiremos el capítulo de sobremesa.
Bouvard. Qué lástima!
Delaunai. No tal! (*Todos se van entrando poco á poco por la puerta de la izquierda.*)
Alberto. (*Aparte al conde.*) Señor conde, necesito hablaros indispensablemente.
Marignan. (*Sonriendo.*) A mi?
Alberto. A vos.
Marignan. Con mucho gusto... Pero despues de comer, eh?
Alberto. Corriente. En esta sala.
Marignan. En esta sala. (*Va á dar el brazo á Antonia, y se van por la puerta de la izquierda: quedan en escena Corina y Alberto.*)
Alberto. Ah! yo prometo que ahora no se hará el casamiento! (*Dirigiéndose al foro.*) Entre tanto que comen...
Corina. (*Yendo hácia él.*) Eh! qué es eso?
Alberto. Me voy!... No como yo á la mesa con ese hombre!
Corina. Qué escándalo vais á dar?... No señor!... venga el brazo... venga el brazo, ó sino... (*Alberto la da el brazo.*) Qué le deciais en secreto ahora poco?
Alberto. Yo!... Nada: os aseguro que...
Corina. Hola!... Ya habeis aprendido á mentir?... Yo lo sabré!
Alberto. (*Llevándose á Corina hácia la puerta de la izquierda.*) Si no es nada!...
Corina. Algo ha sido!... Yo lo sabré!
Alberto. Si no es nada!
Corina. Yo lo sabré!... ó lo inventaré! (*Se van por la izquierda.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

Acto quinto.

La misma decoracion del cuarto.—Hay luces.

ESCENA PRIMERA.

CORINA. ALBERTO.

(*Corina está en escena: Alberto sale por la izquierda.*)

Alberto. Qué comida!... Creí que no se acababa nunca! Y qué conversacion! qué de mentiras!... qué de adulaciones!

Corina. Elogios de la amistad.

Alberto. Si: de los estómagos agradecidos. Y ese conde de Marignan, que á fuerza de oirse llamar grande hombre, ha acabado por creerlo!

Corina. Y pasará por tal!

Alberto. Puede que no. Eso lo veremos!

Corina. Y es ese motivo para que hayais estado durante la comida con esa cara de mal humor?

Alberto. Para eso vos habeis sido el alma de la mesa, con vuestros donaires y vuestra alegría!

Corina. Ese es un medio de observar á los demas, sin que lo conozcan. Asi he notado vuestro aire taciturno, y la inquietud del conde. Al levantaros de la mesa, le dijisteis al oido: «voy á esperaros al salon.»—Yo estaba detras, lo oí, y me vine aqui corriendo. Con que, sepamos, amigo mio, qué significa eso?

Alberto. Lo sabreis despues.

Corina. Una provocacion... un duelo!

Alberto. No: una simple esplicacion.

Corina. Acordaos que, delante de mi, le habeis ofrecido á Antonia no dar paso alguno que pueda comprometerla!... le habeis jurado que su nombre no saldria de vuestros labios, hablando con el conde!

Alberto. Lo he prometido, y lo cumpliré. Pero, gracias al cielo, se me presenta una circunstancia, que no tiene relacion ninguna con Antonia ni con mi amor; y por nada de este mundo dejaré de aprovecharla.

Corina. Y qué circunstancia es? puedo saberlo?

Alberto. Para qué? Es una cuestion... que no puede tratarse entre señoras... Pero no se ha decir que me dejo arrebatar la muger que amo sin disputarla... yo que ciño espada! Eso no! Mientras yo viva, no será su esposo! es cosa resuelta. De otro modo, ya conocereis que no hubiera yo asistido con esta calma á su triunfo.

Corina. Luego es lo que yo decia: os quereis batir con el conde!

Alberto. Sí.

Corina. Y por Antonia.

Alberto. No: por Antonia no: por otra causa... la del honor... la de la verdad!

Corina. No os entiendo!

Alberto. Ya os he dicho que lo sabreis; porque nuestra esplicacion se verificará!

Corina. Pues yo me opongo... no solo por vos... sino por él: quiero castigarlo yo sola, yo! Con que vaya, confiadme el secreto!... á mi... á vuestra aliada!...

Alberto. No puede ser, Corina!... Aqui viene!... Idos por Dios!... no quiero que nos vea juntos!

Corina. Bien. (*Aparte.*) Pero si no los veo... los oiré! (*Entra en el gabinete de la derecha.*)

ESCENA II.

ALBERTO. MARIGNAN.

Marignan. (*Saliendo por la puerta de la izquierda, y hablando hácia adentro.*) Bien, querido Florencio... haz tú los honores por mí. — Todos han pasado á la sala del café, y aqui me teneis dispuesto á escucharos.

Alberto. Señor conde, yo he tenido por amigo... y por protector en mi carrera militar al general Saint-Avold, que ha sido para mí un padre, mas que un gefe. A sus consejos debo lo poco que soy: á su valor debo la vida! Andando el tiempo... y este es el vínculo que me liga á él con una gratitud eterna! me confió sus mas íntimos secretos. Las calidades distintivas de su carácter eran el horror que profesaba á la adulacion y á la mentira!... el entusiasmo con que amaba á su pais!... y el culto que tributaba al honor! Jamas hubiera tolerado en el suyo la menor mancha!... hubiera muerto cien veces por conservarlo intacto! Hoy, que ya no existe, ese cuidado es una herencia que ha legado á sus compañeros de armas... á mí, en particular, que fuí su amigo; y en esta suposicion, vengo á pediros cuenta de la manera con que hablais de él... en esos pocos renglones que he oido.

Marignan. (*Sonriendo.*) Y se me reconviene... á mí, que soy su panegirista!... á mí, que le colmo de elogios!... Pues yo, en qué le ofendo?

Alberto. Se ofende á un leal y honrado militar, cuando se le atribuyen hazañas que no ha hecho nunca... acciones fabulosas que pueden provocar un mentís, acarrear insultos á su memoria, y cubrir, en fin, de perpetuo ridículo su nombre.

Marignan. No alcanzo, caballero, que eso pueda entenderse conmigo!

Alberto. Me esplicaré. Yo no me he separado un punto del general. Llegué á Africa con él, en la division que mandaba; y hasta el dia en que cayó muerto en mis brazos, le seguí en todas sus espediciones, en todas sus batallas. Ahora bien, en esos pasages que nos habeis leido, he admirado, como todos, las galas de lenguaje... la pureza de estilo...

Marignan. Oh! mil gracias!...

Alberto. Soy poco inteligente! Pero en cuanto á los hechos... eso es otra cosa!

Marignan. (*Riendo.*) Oh!... Si no es mas que eso!...

Alberto. Cómo, si no es mas que eso! En los pocos renglones que he oido, no hay uno solo que no sea una completa falsedad.

Marignan. Permitidme!... permitidme!...

Alberto. Mi general no ha dado jamas batalla ninguna en el Atlas... y la razon es muy sencilla: nunca hemos puesto en él los pies: nuestras operaciones fueron siempre á cien leguas de allí...

Marignan. Pero...

Alberto. Ni nunca hemos peleado con esa tribu de los... Beni-Balabúd... ni ninguno de nuestros soldados ha visto sus tiendas... ni siquiera ha oido hablar de ella... ni, en fin, jamas ningun hecho de armas ha ilustrado las orillas del Mamurra... No porque me sea desconocido ese nombre... yo le he visto no sé dónde... pero positivamente no ha sido en Africa... porque allí no existe semejante rio... y os desafío á que le encontreis.

Marignan. Esa es una opinion vuestra!...

Alberto. No señor: lo aseguro!... buscad el mapa! Y cuando se escriben, cuando se imprimen, cuando se publican semejantes falsedades...

Marignan. (*Con enojo.*) Esa palabra!...

Alberto. Es la que conviene. Si mi general viviera, os diria: «Caballero, habeis mentido!» Yo ocupo su lugar, y estoy á vuestra disposicion.

Marignan. (*Con dignidad.*) Y yo estaria á la vuestra, si creyese que vuestro general hubiera usado ese lenguaje... Pero á buen seguro que no! Si vos estabais en Africa, caballero, lo que no dudo, el general Saint-Avold estaba tambien; y entre su asercion y la vuestra, contradictorias entre sí, permitidme que dé la preferencia á la suya.

Alberto. Qué quereis decir?

Marignan. Que la obligacion del historiador es mas elevada de lo que imaginais! Es el sacerdocio de la verdad, que estamos encargados de trasmitir á la posteridad mas remota. Asi que, señor mio, el historiador que se respeta á sí mismo, no da un paso sin apoyarse en pruebas irrecusables, en documentos auténticos... y eso es lo que he hecho yo.

Alberto. Vos!...

Marignan. (*Yendo á la mesa de la derecha.*) Aquí tengo las memorias del mismo general Saint-Avold, halladas entre sus papeles despues de su muerte... y voy á tener la satisfaccion de probaros la concienzuda fide-

lidad con que he cumplido ante mi pais y ante la posteridad mis deberes de historiador! (*Dando palmadas en el manuscrito que tiene en la mano.*) Aqui estan!... aqui estan las memorias de ese antiguo soldado!... Estas memorias, meditadas entre el fragor de las batallas, y escritas sobre la cureña de un cañon... como lo atestigua el olor de la pólvora que aun exhalan! — Leed, caballero!... leed!

Alberto. (*Mirándolas.*) Cielos!...

Marignan. Conoceis esa letra?

Alberto. Vaya si la conozco!...

Marignan. (*Con aire de triunfo.*) Pues ya veis!...

Alberto. Si es la mia!

Marignan. (*Asombrado.*) La vuestra!...

Alberto. Toma!... Si es mi novela!

Marignan. (*Aterrado.*) Una novela!...

Alberto. Compuesta por mi en Africa!... Ya la daba por perdida... y no recordaba ni una sola palabra de ella... Qué habia de recordar!... despues de cinco años!...

Marignan. Pero qué estais diciendo?...

Alberto. Y cuando habia tenido la fortuna de olvidarla... vos me la devolveis!... (*Recorriendo el manuscrito.*) Si, si!... la misma!... Una novela histórica... novela á lo Walter Scott... en que presento como personages principales á mi general... y á mi...

Marignan. Con que es vuestra?...

Alberto. (*Hojeándolo siempre.*) Ay! Si señor!... y era cosa tan mala; que el general, á quien se la dí á leer, me dijo, echando un voto: «Anda, estudia la táctica, y no pienses mas en estas tonterías!» — Lo cual fue causa de que ni me atreviese siquiera á pedirle mi manuscrito; que se quedó en su poder. Asi es como despues de su muerte se ha encontrado entre sus papeles.

Marignan. (*Con la mayor turbacion.*) Pero vamos, vamos... repasad bien vuestra memoria!... Estais seguro?...

Alberto. (*Siempre hojeando.*) No he de estarlo! Oh!... aqui voy encontrando mis personages!... ya recuerdo todos sus nombres!... El ayudante de campo Hector de Maugiron... este era yo! La jóven de quien está enamorado... y con quien espera casarse á su regre-

so... esta... (*Dudando.*) esta... no puedo nombrarla! Oh! y aqui está la poderosa tribu de los Beni-Balabúd!... esta es!... una tribu de mi invencion. Y el Mamurra!... Ya decia yo que este nombre no me era desconocido!... Mirad, mirad lo que hay escrito al margen: *provisional.* En aquel momento necesitaba un rio, y no acordándome de ninguno, inventé ese... con ánimo de cambiarlo despues por otro verdadero.

Marignan. (*Aparte.*) Justo Dios!...

Alberto. Y es esto lo que haceis imprimir como historia!... es esto lo que os conquista los elogios de la prensa y la admiracion pública!

Marignan. Y es culpa mia!... cuando soy yo mismo víctima de un error... que tan caro me cuesta...

Alberto. Lo sé! Asi es que yo no acuso á vuestra buena fé. Pero ni vos ni yo, señor conde, tenemos derecho de atribuir al general esos absurdos, de que yo solo soy responsable. Responda cada uno de lo suyo. Asi pues, por la buena memoria, y por el honor del general Saint-Avold, es preciso que se sepa la verdad.

Marignan. Qué estais diciendo!... Publicar que un libro de historia es una novela!...

Alberto. No será el primero!

Marignan. Un libro admirado, citado, elogiado y adoptado por la universidad!

Alberto. Señor conde, hasta mañana guardo silencio. De aqui allá, disponed vos mismo el mejor medio de hacer esa declaracion: si no... me encargaré yo.

Marignan. Pero y los resultados!...

Alberto. Y qué resultados? Ha sido un error!... lo reconoceis, y negocio concluido. No sé qué inconvenientes...

Marignan. No lo sabeis, eh?...

ESCENA III.

DICHOS. FLORENCIO *y* BOUVARD, *por el foro.*

Florencio. (*Al conde.*) Qué haces, que no vienes al salon á oir lo que dicen de *ti*?

Bouvard. Dos individuos de la academia de ciencias, que acaban de llegar, se deshacen en elogios de vuestro segundo tomo, que han leido ya!

Florencio. Como todo Paris!

Bouvard. Como todo el mundo!

Marignan. (*Aparte á Alberto, en tono suplicante.*) Lo estais oyendo!!

Florencio. El señor Poquinbault, profesor de historia y geografía, está encantado por la exactitud de los detalles topográficos.

Alberto. (*Con enojo.*) Es posible!... un profesor!...

Marignan. (*Aparte á Alberto.*) Por Dios!...

Bouvard. Dice que, sobre todo, el carácter y los usos de las tribus árabes, estan descritos con una verdad!... con una profundidad!...

Florencio. En particular, el de la tribu de los... Cómo decia?...

Bouvard. De los Beni-Balabúd.

Florencio. Justamente! Dice que es el cuadro mas pintoresco y mas fiel!... Como que la ha visto.

Alberto. (*Indignado.*) Que la ha visto?... Oh! esto no se puede aguantar!...

Bouvard. Sí señor! Fue allá con una comision del gobierno. (*Con fuego.*) Ah! y me olvidaba de deciros que vuestro amigo el señor subsecretario se ha entusiasmado tanto con el hecho de armas de las orillas del Mamurra, de que no tenia noticia...

Alberto. (*Aparte.*) Yo lo creo!

Bouvard. Que me ha pedido un ejemplar para hacer que lo lea el ministro. En fin, todos opinan que vuestra eleccion está asegurada: mañana sereis académico.

Alberto. Cómo!...

ESCENA IV.

DICHOS. DELAUNAI.

Delaunai. (*Con una taza de café en la mano.*) Qué haceis aqui, señor conde?... Por allá dentro os llaman á voces... quieren acabar de oir la batalla del Mamurra.

Marignan. Oh!... imposible!... hace un calor!... ahora no estoy para leer!...

Bouvard. Yo leeré. En calidad de editor...

Marignan. (*Aparte á Bouvard.*) No: ven... tengo que hablarte!... (*Cogiéndole del brazo.*)

Bouvard. Ya os sigo... (*Aparte.*) Qué tendrá este grande hombre, que está tan alterado!...

Marignan. Florencio, discúlpame con las señoras... Tengo un dolor de garganta!...

Florencio. Bien, bien.

Marignan. (*Aparte.*) Es preciso componer esto á cualquier precio, ó soy perdido! (*Llevándose á Bouvard por el foro.*) Ven conmigo!

(*Delaunai se ha sentado á tomar el café en el confidente de la izquierda.*)

Florencio. Hola!... Pues yo os he oido decir mil veces en vuestra casa que no os gustaba el café!

Delaunai. Es un error! Me gusta mucho... fuera de casa.

(*Florencio se entra riendo por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA V.

ALBERTO. DELAUNAI.

(*Alberto se ha sentado en el confidente de la derecha.*)

Delaunai. (*Acabando de tomar el café.*) Cuando es bueno... Y este es moka legítimo! (*Dejando la taza, y tendiéndose en el confidente.*) Ah, ah! Y tambien me gustan los asientos blandos!... y la vida regalona... que pienso darme de hoy en adelante... en secreto... sin ostentacion!

Alberto. (*Levantándose y dando paseos.*) Es cosa de volverse loco!...

Delaunai. Qué es eso, amiguito? Qué teneis?

Alberto. (*Furioso.*) Qué tengo, eh?... qué tengo!... (*Parándose delante de Delaunai.*) Teniais razon, señor Delaunai!... Charlatanismo, compadrazgo, calumnia... farsa... todo farsa!... Esto es la sociedad actual!

Delaunai. Mejor! (*Con calma.*)

Alberto. Cómo mejor? (*Indignado.*)

Delaunai. Por supuesto! Del esceso del mal ha de salir el bien.

Alberto. Y qué bien ha de salir de este fango en que estamos metidos?

Delaunai. Os lo voy á decir. Cuando todo el mundo se halle persuadido, como parece que ya lo estais vos, de que la mayor parte de nuestros grandes hombres, con sus escritos y sus arengas y su fama, son otras tantas mentiras vivas, mas ó menos bonitamente disfrazadas; cuando todo el mundo, repito, se halle bien convencido, como vos, de que en la composicion de casi todas las celebridades que hoy se fabrican, no entra una sola palabra de verdad, la sociedad acabará, gracias al cielo, por hacerse incrédula hasta tal punto, que para hacerle uno creer que tiene mérito, se verá en la precision de tenerlo real y efectivamente; y de este modo la escuela de la mentira se convertirá en escuela de la verdad.

Alberto. (*Impaciente.*) Eso que esperais es nada menos que una revolucion. Pero entre tanto que llega...

Delaunai. En todas las revoluciones es preciso saber esperar. De aqui á que llegue, la farsa tiene que continuar victoriosa y triunfante.

Alberto. Y si supierais con qué insolencia... con qué audacia!... Si yo os contara...

Delaunai. Lo sé todo. Mi hija Corina ha estado escuchando vuestra conversacion, y ha venido á contarme la anécdota con todos sus pormenores.

Alberto. Y lo decís con esa calma?... y no os indignais?

Delaunai. Tendria uno que pasar la vida indignándose!... y la vida es tan corta!... Y si he de hablaros con franqueza... (puesto que hemos convenido usarla entre los dos) os diré que lejos de indignarme... me alegro.

Alberto. Eso decís?...

Delaunai. Me alegro en el alma!

Alberto. Podeis decirme por qué?

Delaunai. Me alegro por vos! — Sí, amigo mio: aunque vos no hayais querido ser mi yerno, yo me considero siempre como suegro... ó mejor dicho, como vuestro amigo, y sigo de lejos vuestros pasos con todo el interés que inspira un pobre viajero, solo y estraviado en un pais desconocido.

Alberto. Os doy mil gracias. Pero por qué os alegrais por mí de esa aventura?

Delaunai. Por esto: cuando uno llega á descubrir, por fortuna, la verdad en un asunto... hay dos medios de servirse de ella: uno...

Alberto. (*Con energía.*) Diciéndola!...

Delaunai. Y otro... callándola. El segundo suele ser el mas útil. Os aconsejo que hagais la prueba.

Alberto. Yo callar!... Yo transigir con mi conciencia!

Delaunai. No digo eso. Pero á un soldado... que se ha defendido bizarramente, le es permitido capitular... Y hay capitulaciones de conciencia que es difícil no aceptar... y que quizá vos mismo...

Alberto. (*Con fuego.*) Jamas! jamas! Soy defensor y amigo de la verdad, y desafio al mundo entero á que me haga ceder... ó vacilar siquiera!

Delaunai. No hay que decir de esta agua no beberé! El catálogo de las consideraciones es tan largo!... Mirad: hay viene una de ellas.

ESCENA VI.

DICHOS. BOUVARD, *por el foro.*

Bouvard. (*Aparte.*) Encárgame á mi esta negociacion! Terminantemente me lo ha dicho: que arregle el negocio... cueste lo que cueste.

Delaunai. Qué teneis, amigo Bouvard? Os veo con aire de...

Bouvard. De qué?

Delaunai. De diplomático...

Bouvard. (*Sonriendo.*) Pues!... diplomático novel... que cuenta con vos... y con vuestra influencia cerca del caballero Alberto d'Angremont...

Delaunai. Para qué?

Bouvard. En este mundo... cualquiera puede equivocarse... hasta un librero! Pero yo en cometiendo un yerro lo confieso. Asi pues, reconozco que ayer fui un topo... perdí una bonita ganga! Hablo de esa coleccion de poesias que me quisisteis vender. Cuantos me preguntan por ellas!... Ahora mismo... ahí en el salon... un caballero gordo, vestido de negro... no sé

cómo se llama... me decia: «no conoceis las poesías del jóven d'Angremont? Oh!... es cosa sublime!» — Vos se las habreis leido á algunos amigos... y...

Alberto. Yo! á nadie.

Bouvard. Mejor!... Cuando una obra adquiere fama... asi... sin que nadie la haya visto!... Con que... la verdad... vengo á pediros la coleccion: no tiene remedio!

Alberto. No me dijisteis que los versos no se venden?

Bouvard. Estos los venderé... y la prueba es que los compro. Ea, fijad vos mismo el precio... y sobre la marcha, en dinero contante...

Deldunai. Hombre! hombre!... Me estais haciendo creer que no sois vos el que los paga!

Bouvard. Pues bien... hablemos en plata! Por qué no se han de decir las cosas francamente? El señor conde me ha contado el lance... y, vamos... lo único que se exige de vos es que el negócio quede como está: que no se destruya el entusiasmo del público hácia un hombre de genio... hácia un grande hombre.

Alberto. Yo hacerme cómplice de una impostura...

Bouvard. Independiente de vuestra voluntad.

Delaunai. Efectivamente: si el conde es un grande hombre...

Bouvard. No es culpa vuestra.

Delaunai. Ni suya.

Alberto. Por la familia de mi general, por su viuda, por su memoria, que yo tanto respeto y honro, no debo permitir que corran semejantes imposturas. Debo declarar falsa y apócrifa una obra que...

Bouvard. Que se considera como clásica!... que es de un personage rico, noble, considerado...

Alberto. Pues esos son los que hay que humillar! Esos son los ídolos que es preciso derribar de los altares! Sí señor!... En este siglo de pillos y embusteros, en este tiempo en que todos se disfrazan... yo les arrancaré la máscara!... nada me detendrá, nada impedirá que yo proclame á voces la verdad... hasta encontrar un eco que me responda!

Bouvard. (*Con una esclamacion.*) Y á mí por qué me habeis de arruinar?

Alberto. A vos?

Bouvard. A mí, que le he vendido al conde esas memo-

rias como auténticas, por la suma de veinte mil francos... que tendré que devolverle!... Ya veis que esto es una perdicion para todos!... Vamos!... yo tengo encargo de transigir con vos este asunto de la manera que vos gusteis... (*En voz baja.*) Cualquier sacrificio que haya que hacer...

Alberto. (*Con enojo.*) Basta, caballero! (*Con ironía mirando á Delaunai.*) Esto pertenece tambien á los usos del dia, no es verdad? Querer comprarme... por dinero!... (*Volviéndose á Bouvard.*) Os habeis equivocado, señor mio: yo soy soldado... y no me vendo. Á Dios! (*Dirígese al foro.*)

ESCENA VII.

DICHOS. CORINA, *por el foro.*

Corina. Dónde vais?

Alberto. Fuera de esta casa!

Corina. No, aguardad. El pobre conde está mas muerto que vivo!

Alberto. El!...

Corina. Cuando supo que yo estaba enterada de todo, se quedó mortal! Conoció que no tenia defensa y me propuso la paz, dejándome árbitra de las condiciones que vengo á arreglar con mi aliado.

Alberto. Conmigo!

Corina. Artículo primero. Guardareis silencio.

Alberto. No!

Corina. Cómo no?

Bouvad. Quiere hablar!... quiere descubrir la verdad!

Corina. La verdad!... (*Muy admirada.*) Y para qué?

Delaunai. Eso es lo que yo le digo.

Corina. Por supuesto! Sabeis el daño que vais á hacer? Sabeis que yo amo al conde?... que le tengo á mis pies?... que va á ser mi esposo?... que voy á ser condesa de Marignan?... y que Antonia es vuestra?

Alberto. Cielos!...

Corina. Todo está arreglado: su compromiso se ha roto... y ella os ofrece su caudal y su mano.

Alberto. Qué decis!...

Corina. Su hermano consiente en ello.

Delaunai. Y yo, como tutor.

Corina. Y en cambio, vos no teneis mas que decir una palabra... ó mas bien, que no decir ninguna: solo se os pide que calleis.

Delaunai. (*Sonriendo.*) Amigo, este es caso legítimo de capitular.

Alberto. No señor!... no! Aunque sea á costa de mi felicidad, no he de vender mi conciencia. Seré fiel al honor y á la verdad!

Corina. (*Mostrándole á Antonia, que sale por la izquierda.*) Mas que á vuestro amor!... mas que á Antonia!

Alberto. Antonia!... Ah! no pronuncieis ese nombre!...

ESCENA VIII.

DICHOS. ANTONIA.

Antonia. Ah! qué injustos érais los dos con él!... El buen conde! tanto talento!... y tanta generosidad!... Ah! no puedo menos de admirarle.

Delaunai. Tambien esta!

Antonia. Merece un premio!... ya lo tiene!... y el mas glorioso... el mas digno de él!

Delaunai y *Boynard.* Cómo es eso?

Antonia. No óis allá dentro esas felicitaciones?... esos estremos de entusiasmo? Figuraos que el subsecretario, que en cuanto acabó de comer se marchó, acaba de llegar.

Todos. Y qué?

Antonia. Oh! qué satisfaccion!... qué triunfo para el talento!

Todos. Acabad!

Antonia. El ministro, que segun he podido enterarme, ha visto el tomo segundo del conde, se ha entusiasmado tanto con el hecho de armas del Mamurra...

Todos. Cielos!...

Antonia. Que se trata de conceder á la viuda y á los hijos del general una pension de seis mil francos!

Alberto. Es posible!

Antonia. Y parece que en el pueblo de su nacimiento se le mandará erigir un monumento. (*Señalando á la izquierda.*) Mirad!... mirad!... las aclamaciones se

OXFORD - TAYLOR INST.

aumentan!... Qué será?... (*Éntrase un momento por la puerta de la izquierda.*)

Corina. Y ahora, resistireis?

Delaunai. Quereis, por una ostinacion caballeresca y absurda, arruinar á la viuda y á los hijos de vuestro general?...

Bouvard. Oponeros á ese honor que van á hacerle?...

Delaunai. Y que realmente merece?

Corina y *Bouvard.* Que lo merece!

Alberto. (*Vacilando.*) Convengo... pero en fin... una mentira...

Corina. Que hace felices á todos.

Alberto. Siempre es una mentira!...

Delaunai. No tal! Callar no es mentir.

Alberto. (*Medio convencido.*) En parte...

Delaunai. Eh?...

Alberto. Es cierto!

Corina, Delaunai y *Bouvard.* (*A un tiempo, y poniéndole los tres la mano delante de la boca.*) Pues bien, callad!... callad!... no pedimos mas!

ESCENA IX.

DICHOS. MARIGNAN. ANTONIA. FLORENCIO. CONVIDADOS.

(*El conde sale rodeado de los convidados, que le felicitan.*)

Antonia. Aqui viene!... aqui viene!...

Los convidados. (*Al salir.*) Gloria al talento!

Antonia. Le traemos aqui, á pesar suyo, para que reciba vuestras felicitaciones.

Bouvard. Honor al genio!

Marignan. Señores!... Señoras!...

Alberto. (*Aparte.*) Y este farsante se ha de quedar sin castigo!... Ese es el remedimiento que me queda!

Antonia. (*Acercándose á Alberto.*) Alberto! se logró nuestra dicha!

Marignan. (*A Delaunai.*) Mañana, señor Delaunai, me permitireis que me presente en vuestra casa á pediros...

Delaunai. (*Con prontitud.*) Qué?

Marignan. La mano de vuestra hija! (*Con frialdad.*)

Delaunai. (*En alta voz.*) Poco á poco. Mirad que no doy dote!

Florencio. (*Riendo.*) Eso es sabido!...

Alberto. (*Aparte.*) Ah!... no me acordaba!... Bien castigado queda!... Ya estoy tranquilo!

FIN DE LA COMEDIA.

15666001